
EL EXTRAÑO VIAJE
del Dr. MAIN
VAN S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



Pascual Enguídanos Usach

El extraño viaje del Doctor Main

CAPITULO PRIMERO.

Al entrar por primera vez en el Madison Square Garden, una profunda emoción embargó el ánimo de James Main.

No era, con todo, un entusiasta del circo. Había sacado una localidad de primera, fila, y desde allí estuvo observando con aire indiferente los preparativos que los empleados hacían sobre el aserrín azul que a modo de alfombra cubría el piso del gran redondel.

La gran función comenzó al fin con las vibrantes notas de una antigua marcha escocesa sin que el doctor Main pareciera contagiado de la excitación que desde siempre ha precedido al comienzo de un espectáculo de esta clase. Equilibristas, malabaristas, payasos, trapecistas y domadores de fieras, caballos, elefantes...

James Main empezó a experimentar un sentimiento de particular ansiedad a medida que se sucedían los números y la función se aproximaba a su fin. Por último, los caballos amaestrados terminaron su exhibición.

Una cuadrilla de empleados salió para limpiar y alisar la pista de aserrín y el "manager" apareció con su fusta y su brillante casaca de montería

para anunciar ante el micrófono:

—Y ahora, señoras y señores, la gran sensación de la temporada, la bellísima Princesa Kamarsanda con su Genio Halasz, el de la Lámpara Maravillosa...

Una musiquilla oriental de gaitas y címbalos se dejó oír mientras el público rompía en unánime salva de aplausos.

Un gran elefante blanco vino majestuosamente hacia la pista, acompañado de media docena de pajes con turbante y babuchas y chaquetillas bordadas de lentejuelas y oro. Sobre los hombros del elefante figuraba el correspondiente cornaca con su gran turbante rojo. A lomos del paquidermo se balanceaba un templete dorado con flotantes cortinas de gasa, en cuyo interior viajaba la supuesta princesa Kamarsanda.

El elefante dio una vuelta completa al redondel y fue a detenerse en el centro de la pista. A una orden del cornaca se arrodilló dócilmente, los pajes acercaron un escabel y la princesa se mostró a los ojos del público con un transparente traje oriental.

Contrariamente al uso oriental, la princesa era rubia, de ojos azules, linda y grácil como una valkiria nórdica. Saludó graciosamente y se dirigió al público;

—Por favor, he perdido mi lámpara maravillosa. ¿Alguno de ustedes la ha visto? ¿Quieren tener la bondad de mirar debajo de sus asientos?

Se escucharon risas sofocadas. El público se agitó, mirando cada uno debajo de su butaca en busca de la perdida lámpara, mientras la desolada princesa recorría el redondel sonriendo a diestra y siniestra.

James Main se puso en pie al acercarse la princesa. Ella le miró — e hizo un extremo de sorpresa. Sus lindos ojos azules se iluminaron:

—¡James! —exclamó corriendo hacia él con las manos extendidas.

Se detuvo, cobrando repentina conciencia del lugar donde se encontraba. Los dos se contemplaron teniendo por medio la barrera del redondel, sonriéndose y mirándose a los ojos.

Una voz gritó:

—¡Aquí! ¡Aquí está la lámpara!

La muchacha murmuró:

—¿Nos veremos más tarde, verdad?

James asintió con la cabeza. La muchacha se alejó rápidamente.

La representación prosiguió al tomar la princesa Kamarsanda la lámpara que le ofrecía un espectador. La muchacha le dio las gracias al cumplido caballero y regresó al centro de la pista, de donde el cornaca se había llevado el elefante para que los pajes pudieran extender una rica alfombra persa sobre el aserrín.

Dijo la joven tomando la lámpara y empezando a frotarla:

—Oye lo que te digo, Halasz. Estoy muy enfadada contigo. Sé que volviste a tu lámpara y sobornaste a un tramoyista para que te sacara del circo, alegando tu negativa a trabajar horas extraordinarias. ¿Está eso bonito,

Halasz?

El público se rió mientras una voz perifoneada por los altavoces tronaba furiosa desde todos los rincones del circo:

—¡Déjame en paz, Kamarsanda! No tienes derecho a hacerme trabajar todos los días cómo un esclavo. Estamos en Norteamérica, pertenezco a un sindicato y tengo mis propios estatutos que me autorizan a ir a la huelga en señal de protesta.

—¡Sal de la lámpara, Halasz! —grito la Princesa.

—Déjame, Kamarsanda... ¡uy uy, me estás haciendo cosquillas!

El público, en especial el público infantil, seguía absorto este ficticio combate entre la princesa y el Genio que se negaba a salir de la lámpara.

De pronto, de la vieja lámpara dorada que la muchacha tenía en las manos, empezó a salir un chorro de humo azul. Ella depositó la lámpara sobre la alfombra y se retiró unos pasos... La humareda se hizo más densa al salir a la vez por el agujero de la lámpara y los extremos de la alfombra.

En pocos segundos toda la pista quedó envuelta en una humareda.

Las luces se apagaron y desde las altas plataformas, los reflectores hicieron converger sus focos azules, rojos y verdes, sobre el centro de la pista y la columna de humo multicolor. Una carcajada gargantuesca hizo estremecer el circo, provocando de paso el llanto de algún niño fuertemente impresionado...

La nube empezó a desvanecerse y entre ésta fue apareciendo una figura gigantesca, el Genio.

Naturalmente que el Genio había salido de una trampa disimulada por la alfombra en el piso del redondel. El truco era elemental y nadie a excepción de los niños creyó por un momento que hubiese salido de la lámpara "maravillosa".

¿Pero y el gigante?

Era un gigante auténtico, el hombre más alto del mundo, un ser realmente extraordinario de más de tres metros de estatura.

Probablemente para demostrar su autenticidad, el gigante iba desnudo a excepción de un taparrabos y el gran turbante rojo que coronaba su enorme cabeza. Para ser un hombre anormal, se hallaba asombrosamente proporcionado: robustas y derechas las piernas, ancho y musculoso el torso, la cintura estrecha.

Solamente la cabeza, por su volumen, desentonaba con la equilibrada proporción del resto de su anatomía. Era un gigante guapo, de facciones correctas y expresión inteligente, los ojos de un curioso color dorado, la frente alta y anormalmente abombada.

El público que había llenado completamente el Madison Square Garden para verle, acogió la aparición de) gigante con asombro y silenciosa reserva.

Una fuerte campaña publicitaria había precedido a la aparición por primera vez en Nueva York del Genio de la Lámpara Maravillosa. La Prensa

se hacía eco de los comentarios favorables de los diarios de las localidades donde anteriormente había representado el gigante antes de aparecer en el fabuloso Madison Square Garden, que era considerado para los artistas de variedades tan definitivo como lo era para los cantantes estrenar en la famosa Scala de Milán.

Esta fría reserva del público pareció confundir al gigante, el cual miró apurado a la princesa en busca de su aliento.

La muchacha levantó agresivamente la barbilla, en un mohín de desprecio a la indiferencia del público que los contemplaba. Movió los labios y todos los espectadores de la primera fila pudieron oír el murmullo de su voz:

"Adelante, John."

Un poco tardíamente, el Genio se inclinó haciendo una reverencia ante la muchacha.

—Soy el Genio de la Lámpara Maravillosa —dijo entre dientes —. Ordena y serás obedecida.

La princesa dijo dramatizando con ademanes que remedaban los de los artistas de cine de los primeros heroicos tiempos:

—Mira mi alfombra, Halasz. Tú sabes cómo la cambié por mi "Cadillac" en el mercado de Bagdad, habiéndome asegurado el hombre que le vendió que jamás dejaría de funcionar por avería. Pues bien, mi alfombra mágica se ha estropeado. ¡Imagina que tuve que venir en elefante hasta el circo, Halasz!

Dijo el gigante moviendo su gran cabezota:

—Eso es lo que ocurre por comprar alfombras mágicas de segunda mano, princesa Kamarsanda. Siempre anda uno metido a reparaciones con ellas.

—¿Entonces crees que habrá que llevarla al taller de alfombras mágicas?

—Voy a ver. Tal vez no esté averiada y sólo se le haya terminado el fluido...

El público seguía con curiosidad y regocijo este extraño diálogo entre la princesa y el Genio. Halasz se inclinó hasta tocar la alfombra con la punta de los dedos. Se incorporó de nuevo.

—No está averiada —dijo —. Como me figuraba, sólo estaba agotada su provisión de fluido.

—Entonces, ponle un poco del tuyo.

—Sí, Kamarsanda...

El Genio extendió sus largos brazos con las manos abiertas, hizo unos pases mágicos...

La alfombra, tal como se hallaba extendida en el piso, empezó a flotar en el aire elevándose hasta un par de metros de altura, donde se sostuvo firme como un tablón mientras uno de los pajes hacía pasar un gran aro de madera alrededor de ella, para demostrar que no estaba suspendida por hilos invisibles.

El público aplaudió sin mucho entusiasmo y un hombre dijo desde la fila de atrás de James Main:

—He visto trucos mejores en este mismo circo.

James se volvió y preguntó:

—¿Cómo sabe que se trata de un truco?

—¡Vamos, está bien claro! —exclamó el hombre despectivo —. Una corriente de aire sale por unos tubos disimulados en el piso y hace que la alfombra se sostenga sola.

—Si Halasz hiciera levantar también al elefante, ¿seguiría creyendo que lo elevaba por medio de aire comprimido? —interrogó James.

—No se preocupe, que eso no lo hará —contestó el espectador con rudeza.

—Esperaré al final del espectáculo para ver si ha cambiado usted de opinión.

La función prosiguió. Media docena de empleados del circo vinieron a cuestas con un gran piano de cola. Depositaron el piano en el suelo, lejos de la alfombra que los pajes estaban enrollando. La muchacha tomó asiento en la banqueta, levantó la tapa del piano y empezó a tocar.

Era una brillante ejecutante, aunque a decir verdad el público no prestaba demasiada atención a su música. El Genio, por medio de señas daba a entender que le desagradaba la música de la princesa. Empezó a ir de un lado a otro tapándose los oídos. Finalmente se volvió, y con ademán exasperado extendió la mano...

Sin dejar de tocar, muchacha, piano y banqueta fueron levantados del suelo, flotaron como una pluma en el aire y allí se sostuvieron inmóviles.

Uno de los pajes se acercó con el gran aro de madera e hizo pasar a la ejecutante y el piano por dentro de él.

El público entonces rompió a aplaudir sin reservas. El Genio de la lámpara hizo un ademán, el piano y la muchacha giraron lentamente en el aire, remanecieron un instante en posición invertida, y luego completaron el volteo descendiendo y posándose con suavidad en el suelo.

Como si la suerte del experimento hubiese dependido de él, James exhaló un suspiro y cerró los ojos recostándose en su butaca.

El clamor de los aplausos transportó a James en alas del recuerdo hasta un punto lejano de la accidentada costa del estado de Maine...

Las olas rompían bravamente contra los acantilados produciendo un rugido sordo y profundo. Sobre el alto acantilado se levantaba la vetusta casa de John Fremont. Allí problamente había nacido aquel ser extraordinario, si bien esto no era posible afirmarlo.

Nadie vio nacer a John.

Cuando los Fremont llamaron al doctor Main por primera vez, habían transcurrido probablemente cinco o seis meses desde que el niño vino al mundo.

El doctor encontró una criatura gigantesca, con una cabeza enorme. El

niño por el momento pasaba el sarampión. Esto no era peligroso, pero el doctor se consideró con el deber de prevenir a los padres contra lo que cabalmente podía esperarse.

—Su niño no es normal. Padece de gigantismo, eso probablemente le llevará a la tumba antes de tiempo.

Contra lo que era lógico esperar, los padres no demostraron preocuparse mucho. Al doctor Main, hombre afable a quien todo el mundo apreciaba en Bergesville, le hubiera gustado seguir de cerca y vigilar el extraordinario desarrollo de aquel niño, pero los Fremont se opusieron con fría, a la vez que enérgica negativa.

Eran una gente rara los Fremont. Un día, repentinamente, aparecieron en la vieja casa del acantilado sin que nadie supiera siquiera cómo llegaron allí.

En Bergesville, pequeña aldea de pescadores, la presencia de forasteros en la casa del acantilado había de despertar forzosamente la curiosidad de la gente. Pero aunque fue grande el interés de la gente por saber, con los Fremont fracasaron los intentos de los lugareños para averiguarles vida y milagros.

Raramente el señor Fremont se dejaba ver por el pueblo, excepto para adquirir provisiones en el almacén. En cuanto a la señora Fremont, podían contarse con los dedos de una sola mano las escasas personas que le vieron la cara alguna vez.

La vieja casa que habitaban sobre el acantilado estaba llena de leyendas, pues antes había vivido en ella la señora Daniels, que era también un tipo raro y gozaba fama de bruja en la comarca. Entre otros usos la casa se decía haber servido en otros tiempos de refugio a solapados contrabandistas.

La casa, en tiempos de la colonización, había sido afamada taberna, cuando Bergesville era un puerto de bastante importancia.

En el acantilado, debajo de la casa, existía una espaciosa gruta inaccesible desde la playa a menos que se utilizaran largas escalas de cuerdas. La cueva, nominalmente, sólo servía de refugio a varios millares de murciélagos de toda la costa, hasta que los aduaneros descubrieron una escalera secreta excavada en la roca, la cual comunicaba la casa con la gruta.

Debieron ser incontables los alijos de contrabando que se realizaron por allí, halando la carga con cuerdas desde las barcas que al amparo de la noche encallarían en la estrecha faja de arena al pie del acantilado.

La gruta, donde a decir de la leyenda se habían cometido varios asesinatos, volvió al dominio de los murciélagos hasta que la señora Daniels decidió tapiar la entrada que daba sobre el mar, acaso para servirse de ella como laboratorio donde haría hervir sus infusiones diabólicas de raras hierbas que ella misma iba a buscar por los alrededores.

La casa estaba de tal modo apartada de todo tránsito, que raramente se acercaba alguien por allí. Los niños de Bergesville, entre ellos el pequeño James Main, llegaban en sus correrías hasta el acantilado atraídos por la

curiosidad para espiar los juegos solitarios del extraño niño de los Fremont.

Le gritaban insultos desde lejos, arrojándoles piedras, hasta que el furioso señor Fremont salía de la casa blandiendo un bastón y los ponía en fuga.

Desde que el doctor Main estuvo en la casa del acantilado para curar el sarampión del anormal niño de los fregona la única persona que volvió a pisar el pórtico de la casa, nueve años después, fue el capellán católico padre Gaskins para administrar los Sacramentos a la moribunda señora Fremont.

Ni siquiera el entierro de la señora Daniels, que fue encontrada en estado de descomposición a las dos semanas de haber fallecido en su solitaria casa, fue tan pobre como resultó serlo el de la señora Fremont.

Probablemente porque no pudo pagar los servicios de una carroza, Fremont alquiló al viejo Moss el carro que éste utilizaba para cargar las cajas de pescado en el muelle. El propio Fremont construyó el ataúd con madera de pino, lo cargó en el carro sin más ayuda que la del viejo borrachín de Moss, y siguiendo al cadáver con la cabeza baja, detrás del capellán que abría la marcha, aquel extraño y pobre cortejo desfiló por la única calle de Bergesville, dejando tras sí un tufillo a pescado, en dirección al cementerio donde la señora Fremont recibió cristiana sepultura.

Poco después de la muerte de la señora Fremont, un día, inesperadamente, el señor Fremont se presentó en la escuela acompañado de un mozarrón de pelo escaso y blanco. Aunque a distancia, el mozo hubiera podido pasar por un apuesto joven de 20 años, de cerca se podía apreciar con sorpresa que el gigante era todavía un niño.

Aquel niño era John, y la repentina decisión del señor Fremont de llevar a su grandullón retoño a la escuela, fue algo realmente sorprendente por lo inesperado. Hasta el maestro, señor Wrigth, quedó de una sola pieza.

Míster Wrigth dijo, recelando los sinsabores a que el niño estaría sujeto en adelante:

—¿Está seguro, señor Fremont, que desea traer a su hijo con los demás niños?

—Después de todo sólo es un niño como los demás —repuso el señor Fremont. Añadiendo después —: John ha insistido mucho para que le trajera con los otros muchachos, y yo soy del parecer que debe frecuentar el trato con las personas con quien ha de convivir una vez u otra.

—Creo que le comprendo, señor Fremont —dijo el maestro. Y el pequeño gigante se quedó en la escuela.

Aquel muchacho grandullón cayó en la escuela como un intruso, y los niños jamás acabaron de acostumbrarse a su presencia. ¿Qué muchacho podía tratar de igual a igual a un niño que gastaba pantalones de adulto?

Naturalmente, John Fremont tuvo que sufrir incontables burlas e insultos de sus compañeros.

Una particularidad del pequeño gigante era su dificultad en la pronunciación. Podía entender cualquier palabra, pero al intentar repetirla se

armaba un lío con la lengua. En realidad, aunque nacido norteamericano, chapurreaba el inglés con tan fuerte acento extranjero como si acabase de llegar de la China.

—¿Qué idioma habláis en tu casa, John? —preguntó el maestro al niño, exasperado ante la dificultad de éste en el habla.

—Cuando vivía la señora Fremont, ella y el señor Fremont hablaban en inglés. Pero para hablar conmigo lo hacían con otra lengua.

—¿Cómo se llama esa lengua, John? ¿Es polaco? ¿Griego quizás?

—No lo sé, señor Wrigth.

—¿Y por qué llamas a tus padres por señor y señora Fremont? ¿No son ellos tus padres?

—Sí. Pero siempre les llamo así. Ellos me lo enseñaron.

El señor Fremont venía todas las tardes a recoger a su talludo retoño a la escuela. Míster Wrigth comentó con Fremont la dificultad de John en la pronunciación del inglés. El señor Fremont contestó ambiguamente:

—Es cierto. Siempre pensamos que al chico le sobraría tiempo y ocasión de aprender el inglés. Por eso le enseñamos nuestro dialecto.

—¿No son ustedes americanos?

—Mi mujer y yo somos albaneses.

Esta fue la única vez que los Fremont facilitaron voluntariamente un dato sobre sí mismos, y ni qué decir tiene que pronto fue del dominio público su nacionalidad albanesa.

Se supuso que los Fremont eran refugiados, fugitivos del régimen comunista de Albania. La imaginación del vulgo llenó con una apasionante historia de persecuciones y evasión a través de las alambradas, bajo los reflectores de los soldados rojos, las grandes lagunas que los Fremont dejaron a la conjetura y la invención.

Resultado fue que los Fremont, fueran desposeídos del velo de misterio que los rodeaba, para ser admitidos en el seno de la piedad y la simpatía de las buenas gentes de Bergesville. Y de gran utilidad fue para Fremont que la animosidad del pueblo hubiera cambiado de signo, cuando unos días más tarde bajó en busca de trabajo hasta la fábrica de conservas de pescado que ocupaba a un elevado tanto por ciento de la población adulta de Bergesville.

Fremont encontró el trabajo que necesitaba para poder mantener a un hijo tan crecido, así como para educarlo, y buena falta que le hacía.

A los doce años, John era tan alto y tan fornido como un boxeador de los pesos pesados. Crecía tan aprisa que sus brazos y sus piernas no podían ser alcanzados jamás por las nuevas prendas que su padre se esforzaba por renovar con frecuencia, y era tal la capacidad de su estómago que probablemente nunca llegó a verlo completamente lleno.

Desde que llegó a la escuela, James Main y John Fremont se hicieron buenos amigos. En James, esta amistad estaba inspirada por un sentimiento de piedad.

—Papá, ¿por qué es tan grande John y yo tan pequeño? —preguntó James en cierta ocasión a su padre.

—Hijo mío, no debes sentir envidia de John porque le veas crecer tan aprisa —repuso el doctor —. Tu amigo es digno de nuestra compasión como lo es de todo nuestro respeto. Será un ser desgraciado por varias causas. La gente jamás se acostumbrará a verle sin sentir miedo o echarse a reír de su aspecto. Luego... John es un enfermo.

—¿Quieres decir que está malo, papá?

—Padece una enfermedad que se llama gigantismo. Eso es lo que le hace crecer tan aprisa y anormalmente.

James vio, en efecto, que su amigo sufría. Los niños, al principio le respetaban y temían. Pronto echaron de ver, sin embargo, que aunque gigantesco, John reaccionaba como un niño cualquiera de su edad. Notaron que era particularmente susceptible a las burlas, sobre todo a las burlas contra su aspecto físico, y habiendo encontrado su lado flaco le atacaron por allí con esa crueldad inconsciente de que sólo son capaces los niños.

Con frecuencia, James se enfurecía contra su amigo, echándole en cara su falta de combatividad.

—Si yo fuera tan grande como tú, nadie se burlaría de mí —gritaba James furioso —. ¿Por qué no le rompes la cabeza a uno de un puñetazo?

—¿Crees que debo hacerlo? contestaba John —. Al fin y al cabo, no me dicen nada que no sea cierto. No puedo pegarles porque me digan que tengo la cabeza gorda y parezco un elefante. Lo parezco.

—¡No eres un elefante, sino un ser humano! —chillaba James fuera de sí.

Pero nunca consiguió que John castigara a ninguno de aquellos insolentes como merecían.

Hasta los trece años, John Fremont asistió a la escuela. Por compensación a las burlas que diariamente tenía que soportar de su compañeros, pronto se destacó a gran distancia del resto de la clase en gracia a su extraordinaria inteligencia.

—Su masa encefálica es siete u ocho veces más voluminosa que la de un hombre normal —confió el doctor Main a su hijo —. La inteligencia de ese pobre muchacho es sólo un aspecto de su estado patológico total.

A los trece años John sabía todo cuanto su maestro podía enseñarle. Había crecido tanto que se veía obligado a inclinar la cabeza para pasar por las puertas, y su presencia en la clase creaba graves problemas de espacio, debido a que no podía sentarse en un pupitre corriente.

Míster Wrigth sugirió al señor Fremont que debería llevar a John a la universidad, pero esto equivalía a tener que enviar al muchacho a Boston, con los consiguientes gastos de desplazamiento, dietas y matrículas. Fremont confesó que no podía permitir se tales dispendios. En realidad estaba viejo y acabado, padecía cierta afección al hígado y fallaba al trabajo casi tantos días como acudía a la fábrica.

El propio John, por su parte, hizo firme su negativa a separarse de su padre, tanto más cuando para crearle nuevos gastos que el viejo no podría so portar. No quería salir de Bergesville, donde todo el mundo le conocía y poco o mucho se habían acostumbrado a ver pasar su gigantesca figura por la calle sin volver la cabeza.

En realidad, John temía al mundo hostil e insolente que encontraría apenas saliese de su pequeña aldea natal. Se empleó en la fábrica de conservas, y aunque resultó ser bastante más flojo de lo que cabía esperar por el tamaño de sus músculos, pronto el trabajo duro y cotidiano le acostumbró a esfuerzos que estaban más en consonancia con su estatura, llegando con el tiempo a convertirse en un verdadero atleta.

Al mismo tiempo que John Fremont se empleaba en la fábrica, James Main partía hacia Boston para ingresar en la Universidad. Al volver a Bergesville para las Pascuas de Navidad, James encontró que su amigo había crecido otros 20 centímetros. John era ya un verdadero gigante, y nadie sabía dónde iría a parar.

Con catorce años cumplidos James ya era capaz de comprender ciertas cosas que antes escapaban a su comprensión infantil. Cierto día, durante aquellas vacaciones, cayó en sus manos un libro de medicina de los que su padre guardaba bajo llave en el armario, y entonces conoció por primera vez la suerte que la naturaleza reservaba a las víctimas del gigantismo.

Con mucha suerte, John Fremont no llegaría a cumplir los 30 años, éste era el dictamen médico apoyado en el historial clínico de otros gigantes famosos.

Para mayor seguridad, James consultó el asunto con su padre.

—Sí, hijo —afirmó el doctor Main —. Nuestro pobre amigo tiene los días contados. Ciertos desarreglos orgánicos le llevarán a la tumba a muy temprana edad.

—¿Lo sabe John?

—Lo sabe su padre. No creo que Fremont le haya confesado una cosa tan horrible a su hijo. Y si él no lo ha hecho, no debes ser tú quien se lo diga.

James decidió que no se lo diría, pero a partir de este día sintió acrecentada la simpatía y la piedad que sentía por su amigo John.

.

CAPITULO II.

.

A los 20 años John Fremont medía 3'65 metros y era, por consiguiente, el hombre más alto del mundo.

Cualquier persona de talla normal resultaba a su lado un pigmeo. Abierto de brazos se extendían éstos 3'40 metros, semejando la arboladura de un bergantín. Se necesitaban diez metros de tela para hacerle un traje, cada par de zapatos le costaba 60 dólares, y tenía que encargar los calcetines por gruesas, ya que los fabricantes se negaban a hacérselos en menor cantidad.

Era un gigante en un mundo de liliputienses.

Su extraordinaria estatura le creaba problemas en todas partes. No podía pasar por una puerta corriente, ni entrar en la taberna a echar un trago con los amigos, ni asistir a un cine a menos que le colocaran una butaca especial en la última fila, donde su enorme cabeza no provocara protestas en los espectadores de atrás.

En la fábrica donde trabajaba realizaba el trabajo de tres hombres descargando cajas de pescado, por cuya razón llegaron a llamarle el Hombre Grúa, aunque tenía otros apodos como Gargantúa, Rompetechos, Jirafa y muchos más.

Susceptible en extremo a las burlas, era de un carácter tímido que le hacía rehuir el trato y la presencia de la gente. Jamás pasaba por la calle principal de Bergesville si podía evitarlo, ni asistió nunca a un baile, ni salió con una muchacha.

En la casa del acantilado donde habitaba, el viejo Fremont tuvo que echar abajo un tabique y convertir la sala principal en dormitorio para una sola cama de 4 metros con ocho patas, donde dormía John. La puerta, a su vez, tuvo que ser ampliada hasta las dimensiones de una puerta cochera, pero incluso dentro de su casa el gigante tenía que agachar la cabeza para no darse en la frente con las sólidas vigas del techo.

Naturalmente, un caso tan extraordinario de gigantismo no pudo pasar ignorado para el resto del mundo.

Un periodista llegó a Bergesville, hizo unas fotografías a John y le interviuvó. El reportaje tuvo gran difusión en la Prensa y las revistas de todo el país y, como era de esperar que sucedería, no tardarán en presentarse los empresarios de circo ofreciéndole ventajosos contratos que John sistemáticamente rechazó.

James Main, interno a la sazón en la Clínica Mayo, nunca olvidaba preguntar en sus cartas a la familia por su amigo el gigante. A veces el doctor se encontraba con John en la calle, y a vuelta de correo James recibía, por conducto del doctor, los cariñosos recuerdos del gigante.

A los 26 años, después de haber pasado cuatro de prácticas en Alemania y viajar por toda Europa, James Main regresó a los Estados Unidos y volvió a su nativa aldea. Llegaba a tiempo de reemplazar al doctor Main, quien se encontraba delicado de salud, así como para encontrar que la inmensa mayoría de sus antiguos amigos se habían casado.

El mismo día de su llegada, con algunos pequeños recuerdos adquiridos durante su viaje, salió por la tarde a esperar a John Fremont cuando el pito de la fábrica anunciaba el término de la jornada de trabajo.

Conociendo como conocía a su amigo, James fue a apostarse en el sendero que John habría de recorrer para llegar hasta su casa del acantilado. No tardó en verle venir por entre las colinas, tan alto como los árboles del camino, sobrepasando toda la cabeza a las casitas esparcidas por la verde ladera.

La habitual expresión de gravedad del rostro de John se trocó en gesto de asombro y alegría al ver a James en el centro del camino. Su enorme manaza tomó con delicadeza la mano del joven doctor, consciente del riesgo de triturársela al más pequeño apretón de sus gordos y nervudos dedos.

—Tienes muy buen aspecto, John —dijo James, y le entregó los recuerdos de Berlín y París que había traído para él.

—Eres muy amable, James. Creo que eres mi único amigo verdadero —dijo John emocionado.

—Vamos a dar un paseo, John. Te acompañaré hasta tu casa y veré a tu padre. Me han dicho que se encuentra bastante delicado.

—Sí —afirmó el gigante moviendo su enorme cabeza, entre cuyos cabellos plateados empezaba a relucir una calvicie precoz —. El doctor Main estuvo a verle este invierno y le recomendó un cambio de clima. La costa es demasiado húmeda para el asma del viejo, pero él se niega a ir a otra parte.

—¿Lo hace por ti, no es cierto?

—Sí, eso creo.

Los dos amigos marchaban por el tortuoso sendero entre las verdes colinas hacia la casa que se divisaba lejos sobre el acantilado.

James habló después de prolongado silencio y dijo:

—John, al verte venir hace un momento por el camino, imaginé estar viendo una escena de una película de gigantes. ¿Nunca te hicieron una oferta para trabajar en Hollywood?

—Estoy bien aquí. No quiero ir a trabajar a otra parte alguna.

—Tú lo que tienes es miedo a presentarte ante la gente, John. Es una tontería. Te guste o no, eres un fenómeno, un objeto de exhibición que la gente jamás dejará de mirar con sorpresa. No te digo ya que vayas a exhibirte por ahí de feria en feria. Pero eres un gigante, el hombre más alto del mundo, y es una necedad no probar siquiera a sacar dinero de tu ventaja.

—¿Llamas ventaja a mi desgracia, James? —interrogó John con su profunda voz de bajo.

—Está bien, tómalo así si quieres —repuso James disgustado —. Enciérrate en tu concha, sigue ocultándote de la gente como un ladrón y sé pobre y desdichado toda tu vida. Pero te digo que pronto necesitarás dinero, lo estás necesitando ahora mismo para sacar a tu viejo padre de este lugarejo y llevarlo al clima seco de Arizona u otra parte del Oeste, donde acaso pueda vivir unos años más. La vida no se reduce sólo a trabajar, comer y dormir, como hacen los animales. Hay fuera de aquí un ancho mundo lleno de cosas gratas y hermosas que merecen la pena de ser vistas y admiradas antes que uno se muera. Cosas que son privilegio de las personas que tienen dinero, sin distinción de razas ni de tamaño, que puede gozar lo mismo un enano repulsivo que un gigante tragaldabas como tú. No me gusta verte metido en este agujero como un topo asustadizo acurrucado en su madriguera. Puedes ganar dinero. Y debes ganarlo para ti y para tu padre. Es casi un deber.

—Nunca me exhibiré ante la gente para que se rían de mí. No podría

soportarlo, James. Lo siento.

James Main no insistió más en el asunto por aquel día. Visitó al viejo Fremont, a quien encontró más viejo y arruinado físicamente de lo que verdaderamente esperaba.

Luego se despidió de los Fremont y regresó a casa.

Transcurrieron cinco días sin que volviera a ver a John. Una mañana, al marchar al trabajo hacia la fábrica, John Fremont se pasó por casa del doctor Main.

James salió a la puerta. Temía al principio que el viejo Fremont hubiera empeorado, pero la expresión del rostro del gigante no era la propia de un hombre que es portador de una mala noticia.

—Necesito hablar contigo, James —dijo John desde la calle —. ¿Podremos vernos esta tarde cuando termine mi trabajo?

James dijo que sí y fue a esperarle aquella tarde donde días atrás. Esperaba que su amigo hubiera cambiado de opinión y, tras mucho madurar la idea, se hubiese decidido por marchar a Hollywood u ofrecerse como atracción a cualquiera de los empresarios que con anterioridad le habían hecho pro posiciones.

John Fremont llegó con mucha prisa. Miró receloso en rededor.

—Vamos allí abajo a la playa —dijo con acento misterioso —. Hay algo que te quiero enseñar.

Intrigado siguió James a su amigo por el accidentado sendero que descendía por entre las peñas hasta la pequeña caleta del pie del acantilado. El sol poniente reverberaba sobre los cristales de la pequeña ventana en el muro que tapaba la boca de la antigua gruta de los murciélagos, sobre la cabeza de James.

De manera puramente accidental, recordó James que nunca había bajado hasta la cueva debajo de la casa de John.

En cierta ocasión, hacía muchos años, James había pedido a su amigo que le enseñara la famosa gruta de los contrabandistas. Pero al parecer, un derrumbamiento había obstruido la angosta escalera que desde la casa conducía a la gruta, obstáculo que los Fremont no se habían molestado en retirar.

—Escucha esto, James —dijo John al encontrarse solos en la estrecha faja de arena donde antaño encallaban los botes contrabandistas —. Me ha ocurrido algo muy extraño, una cosa casi increíble.

—¿Sí, John? —preguntó James observando la gran excitación de su amigo.

—Tuve un sueño esta noche, verás. Yo iba montado en una extraña bicicleta... Al parecer yo era un hombre normal, pues la bicicleta no era de tamaño más grande que otra cualquiera. Marchaba por una cuesta abajo, no muy aprisa, cuando las ruedas se volvieron de pasta blanda y se rompieron o quedaron atrás en pedazos... No sé ciertamente como sucedió, pero de pronto me encontré con la sorpresa de que podía mantenerme en el aire... ¿cómo

diré? El vehículo había perdido las ruedas, pero yo seguía montado en ella y gracias a un esfuerzo que yo hacía, era como si anulase la fuerza de gravedad y flotase en el aire como un globo. ¿Lo vas comprendiendo?

—Sí, creo que sí. ¿Y qué?

—Pues eso nada más. Me di un golpe en la cabeza contra una viga, abrí los ojos... ¡Y estaba realmente flotando en el aire, James!

—¡No!

—Sí. Fue sólo cuestión de un par de segundos mientras me espabilaba. Al despertar por completo, con el sobresalto, debí cejar en aquel esfuerzo que me sostenía. Caí como un plomo al suelo y casi me rompo las costillas.

James Main soltó una carcajada.

—Por Dios, John. ¿No querrás que me crea eso, verdad?

—¿Pretendes entonces que miento? —dijo el gigante arrugando el ceño.

—Esto fue probablemente lo que ocurrió, John. Debiste levantarte en sueños, pegarte un golpe en la cabeza contra el techo y caer al suelo medio desvanecido...

—¡Oh, espera! Hay algo más.

—¿Hay más?

—También yo creí al principio que era víctima de una alucinación. Creí que me había levantado de pie en sueños, que me di en la cabeza en el techo y caí fuera de la cama. Pues bien, me acosté de nuevo, y mientras pensaba en lo que me acababa de ocurrir, iba quedando insensiblemente dormido. De pronto me encontré de nuevo realizando aquel esfuerzo y, medio dormido como estaba, sentí que me despegaba del colchón y empezaba a flotar en el aire.

—¿Y entonces, John? —preguntó James incrédulo.

—Volví a despertar sobresaltado. Me senté en el borde del lecho, traté de espabilarme y me di a pensar en lo que acababa de ocurrirme. Me pregunté si sería capaz de realizar la misma proeza completamente despierto... y quise hacer la prueba.

—¿La hiciste?

—Sí.

—Y fallaste.

—No.

—John, por Dios. ¿Quieres que crea que fuiste capaz de realizar una cosa así?

—Lo hice. Y voy a intentar repetirlo ahora para que tú lo veas.

Ni corto ni perezoso, bajo la estupefacta mirada de James, el gigante se tendió cuan largo era en la arena de la playa.

Mientras John permanecía boca arriba con los ojos cerrados, al parecer concentrándose en sí mismo, James sintió lástima de su amigo. El pobre muchacho había perdido el juicio, o seguía bajo los efectos de su

alucinación de aquella noche.

James iba a suplicar a su amigo que se levantara cuando algo ocurrió.

Las piernas del gigante se elevaron como si de ellas tirara un invisible cordel desde lo alto del acantilado. Luego, todo el cuerpo se separó del suelo y flotó como una pluma en el aire, elevándose hasta un par de metros de altura.

—¡Mira, James! —gritó John excitado —. ¿Lo ves ahora?

James Main, demasiado impresionado, guardó silencio. John descendió suavemente hasta quedar de nuevo acostado de espaldas en la arena.

Se levantó y miró a su amigo.

—¿No es fantástico, James? —inquirió.

—Es... sorprendente, John —aseguró el médico, todavía bajo los efectos de la tremenda impresión.

—¿A esto le llaman levitación, no es cierto?

—Sí, en efecto. Los ilusionistas suelen presentar números de levantamiento de pesos con el nombre de levitación. Pero ellos lo hacen utilizando trucos hábilmente disimulados. John ¿has estado leyendo últimamente algo relativo a esa clase de experimentos?

—No. Todo vino por ese sueño de anoche. Pero esto no es todo. Estuve haciendo prácticas esta tarde en la fábrica, en un momento que quedé solo en el almacén. No sólo puedo levantarme a mí mismo, sino que puado hacer elevar otros objetos también. ¿Quieres que te haga una demostración?

—Me gustaría verlo, John.

El gigante se volvió buscando con los ojos. Una roca, al parecer desprendida del acantilado, fue la escogida para el experimento. Se trataba de un pedrusco bastante grande, cuyo peso no debía bajar de las quinientas libras.

Siempre bajo la estupefacta mirada de James, el gigante se dirigió a la roca y puso su mano abierta sobre ella. Quedó mirándola fijamente unos minutos. Después, lentamente, levantó el brazo... ¡y la roca se fue tras su mano como adherida a ella por un poderoso pegamento!

—¿Lo estás viendo, James? Puedo levantar cualquier cosa sin esfuerzo. Y luego... ¡dejarla suspendida en el aire!

John retiró la mano y la roca, en efecto, quedó inmóvil en el espacio como colgando de un fuerte hilo invisible.

James dejó escapar una exclamación de sorpresa. John Fremont se volvió a mirarle con expresión triunfante y la roca, detrás de él, volvió a caer al suelo, como falta de la fuerza misteriosa que la estuvo sosteniendo.

¿Qué me dices a esto, James?

James miró a su amigo largamente en silencio. Sacudió la cabeza.

—No puedo comprenderlo, John. Casi ni puedo admitirlo. ¿Seguro que no me estás gastando una broma? —dijo James con acento compungido.

—Ni yo mismo lo comprendo, James —dijo el gigante moviendo a su vez su enorme cabeza blanca. Se golpeó la abombada frente con el puño y gruñó —: Debe ser algo que llevo aquí dentro. Sé que soy distinto de los

demás, pero no sólo por mi estatura. También aquí, en el pensamiento, hay algo... algo que no acierto a explicar qué es. A veces tengo la impresión de estar viendo cosas que no pertenecen a mi mundo verdadero.

—La soledad en que vives, probablemente, te está volviendo neurasténico. Tu actividad mental es, con toda seguridad, demasiado intensa. Respecto al experimento que acabas de realizar...

—No quiero que hables de esto a nadie, James.

—¿Por qué?

—Si no quisiera mantener en secreto lo que has visto ¿qué necesidad habría de traerte a este apartado lugar?

—No te comprendo, John...

—Supón que se hiciera público lo que acabas de ver. Los periodistas caerían en nube sobre mi casa, y detrás vendrían los médicos e investigadores para tratar de hallar una explicación científica a lo que soy capaz de hacer. Ya basta que sea un gigante, para encima convertirme en conejillo de indias de una cuadrilla de imbéciles fisgones.

—El gigante observó la expresión sombría del rostro de su amigo —. Perdóname, James. Sólo quiero que trates de ponerte en mi lugar.

—Nada se sabrá por mí, descuida —dijo James, molesto por la parte que le tocaba en la desdeñosa apreciación de John sobre el nivel de la inteligencia de médicos e investigadores.

Poco después de despedirse de John, mientras iba meditabundo hacia la aldea, James Main se arrepintió de haber comprometido su palabra en un momento de enfado. Fue muy penoso para él mantener la boca cerrada y guardar el secreto de John aquella noche cuando se hallaba cenando con sus padres.

—Te veo pensativo, James. ¿Qué te ocurre? —le preguntó una vez la señora Main.

Y el doctor, por su parte, no dejaba de echarle rápidas y recelosas miradas.

En los días siguientes James apenas pudo hacer nada a derechas, ausente su pensamiento en la proeza que había visto realizar a su amigo. Gran aficionado a la investigación, James trataba vanamente de hallarle una explicación razonable a ese poder de John que bien pudiera calificarse de "magnético".

Una semana más tarde llegó su prima Verónica, y la presencia de ella distrajo el pensamiento de James.

Se llamaba Verónica Hillman, y era una chica extraordinaria en gran variedad de conceptos.

Cuando llegó a la casa de los Main, Verónica venía precedida de una aureola trágica, pues era la única superviviente de una familia de famosos acróbatas que hallaron la muerte en pleno ejercicio de su profesión, al romperse el trapecio del cual colgaban el padre y los dos hermanos varones de la muchacha.

Tal accidente, ocurrido ante los mismos ojos de Verónica, había determinado la decisión de ésta a abandonar el circo para dedicarse a otro trabajo lejos del ambiente donde se había desarrollado su existencia.

Huérfana y sin preparación adecuada para tomar cualquier empleo remunerador que estuviera en consonancia con su sexo, Verónica se había acogido al refugio de la casa de sus tíos en Boston. Pero la tía de Boston, embarazada por la presencia de la muchacha, que era como un grito al recuerdo de ciertos episodios vergonzosos que venían en desdoro de la dignidad de la familia, se apresuró a enviarla a Bergesville con una nota explicatoria para su hermana, la señora Main, quien no acogió con mucho entusiasmo el encargo que le enviaban desde Boston. La historia de la madre de Verónica, era una historia llena de romanticismo y heroico sacrificio. Verónica, tal era también el nombre de la protagonista de aquella historia, se había enamorado perdida y fulminantemente de un joven acróbata al paso del circo por la ciudad de Boston.

Hija de una de las familias más antiguas de la ciudad, conociendo la oposición que de antemano encontraría en un padre severo, cargado de prejuicios, Verónica decidió huir con su galán y casarse en la próxima ciudad donde el circo habría de detenerse. Naturalmente, el escándalo fue mayúsculo. Recusada por la abochornada familia, Verónica entró a formar parte del espectáculo circense y llegó a ser en poco tiempo digna pareja del hombre que la había enamorado. Fue una mujer feliz sin ningún género de dudas, y tuvo la muerte prematura que el destino parece tener reservada a los héroes y las grandes figuras de la Historia.

Sufrió una caída mortal desde el trapecio y exhaló el último suspiro en los brazos del hombre que amaba. Tuvo la vida que deseaba. Por lo tanto no debió sentir la necesidad de hacerse reproche alguno a la hora de morir.

James, que admiraba en secreto a su desaparecida tía, celebró la oportunidad que se le brindaba de conocer a su encantadora prima. En Bergesville, pueblecillo de apenas un millar de habitantes, las ocasiones de salir con una muchacha culta y bonita eran bien escasas.

Verónica Hillman resultó un agradable compañero para salir de pesca y realizar algunas excursiones hasta los parajes más pintorescos de las cercanías. Pronto descubrieron gustos y aficiones comunes a ambos, y de este continuo contacto no tardó en surgir espontánea y mutua atracción.

Probablemente antes que ellos mismos, fue la señora Main quien previo lo que iba a pasar.

El doctor Main estaba proponiendo a Verónica que estudiase para enfermera, en lo cual él la podía ayudar a prepararse, cuando la señora Main exclamó:

—Eso son ganas de perder el tiempo. La mejor carrera para la mujer es el matrimonio, y me parece que en cuanto al arte de pescar marido, Verónica no necesita recibir ninguna lección. Está suficientemente preparada.

La señora Main no dijo más. Se produjo un silencio embarazoso y

Verónica Hillman enrojeció.

Bruscamente la muchacha se levantó y abandonó la mesa retirándose a su dormitorio. El doctor reconvino a su esposa y James se sumó a la regañina.

—No estuvo bien que dijeras eso, mamá. Más bien parecía que estuvieras echándole en cara algo por lo que la consideras culpable.

—Yo sé lo que me digo. Y ella sabe también por qué lo digo —repuso la señora Main secamente.

La tesitura de Verónica era todavía ostensible al día siguiente.

Cuando aquella tarde salieron juntos a pasear, la muchacha dijo repentinamente:

—He decidido marchar mañana. Así pues, no queda mucho tiempo para que me presentes a ese amigo tuyo el gigante.

—¿Marcharte? —exclamó James atónito —. ¿A dónde? ¿Y por qué?

—Tengo la impresión de haber caído aquí como una intrusa. Probablemente tu madre teme que pretenda cazarte en mis redes y hacerte caer en la trampa del matrimonio.

—No debes tomar en cuenta lo que ella dijo anoche. Ya soy bastante crecido para decidir por mí mismo lo que debo hacer.

—Quizás no lo seas tanto para saber lo que te conviene —dijo la muchacha con acento de censura —. Es posible que tu mamá tenga escogida para ti la chica que ha de ser tu mujer.

—No. No hay nada de lo que tú te figuras —protestó James acaloradamente.

—De todos modos, James, es evidente que no soy la chica que a tu madre le gustaría tener por hija. Para su tranquilidad, debería marcharme inmediatamente. Pero quizás si lo hiciera hoy mismo se disgustaría...

—Sí, se disgustaría mucho. Y mucho más se disgustaría papá.

—Me quedaré un par de días más hasta que el incidente parezca que está olvidado. Luego me marcharé.

James se arrepentiría más tarde de no haber aprovechado la ocasión que se le brindaba de confesar a Verónica su amor. Quizás fue todo demasiado repentino. El día anterior se había dicho que la chica le gustaba. Unas horas más tarde, Verónica y su madre le ponían entre la espada y la pared, forzándola a decidirse por algo que todavía no había entrado de lleno en sus propósitos.

Aquella misma tarde James fue con su prima a esperar a John Fremont a la salida de la fábrica.

El gigante pareció confundido, abochornado y avergonzado de sí mismo mientras James hacía las presentaciones. Sólo la sonrisa alentadora de Verónica pareció devolver la tranquilidad al gigante después de haber cruzado las primeras entrecortadas palabras con ella.

—Sí, es mucho más alto que Jack, el gigante que se presentó con los Ringlin —aseguró Verónica contemplando a John admirativamente.

Según él mismo había de confesar más tarde, esta fue la primera vez que John sintió halagada su vanidad de gigante. Verónica mostró gran interés por su nuevo amigo, le hizo múltiples preguntas, le habló de los gigantes a quien ella había conocido en el circo y logró que John se mostrara a su vez abierto y comunicativo.

El día siguiente, un accidente ocurrido a bordo de una barca pesquera, impidió a James acompañar a su prima en el acostumbrado paseo.

Verónica salió de todos modos, se encontró con John Fremont y accedió a la invitación de éste a visitar la casa y conocer a su padre enfermo. John acompañó después a la muchacha de regreso a Bergesville, y James, que los vio juntos, no pudo dejar de observar la indiferencia de su amigo hacia la gente que los miraba divertida.

James no supo lo que su prima y el gigante habían estado hablando hasta el día siguiente. Cuando de nuevo paseaban los tres aquella tarde, al sentarse a descansar sobre el alto acantilado, John Fremont dijo mirando pensativamente el mar:

—Respecto a lo que hablamos ayer, señorita Hillman, he reflexionado y creo que estoy completamente decidido.

—¡Oh, John! —exclamó la muchacha llena de alegría —. ¿De veras se hace el ánimo?

—Sí. Mi padre está muy enfermo y necesito ganar dinero. Iré con usted y me presentaré al público en los circos o donde sea. Nada me importará si está usted conmigo para animarme.

Esta fue la primera noticia que tuvo James Main de los planes de Verónica y el gigantesco John. Y aunque él mismo había sugerido numerosas veces a su amigo la conveniencia de presentarse al público, la súbita decisión de éste le causó zozobra.

En realidad no era sólo por John por quien se entristecía, sino porque con su amigo perdía también a Verónica.

Si el desaliento no le hubiera invadido de pronto, James quizás hubiese intentado retener a Verónica declarándole aquella misma noche su amor. Pero comprendió que era tarde.

Ya había tenido su oportunidad, y él no supo o no quiso aprovecharla. Si ahora fuera con una tardía confesión a Verónica, ella no sólo podría rechazarle por despecho. En el supuesto que la muchacha estuviera dispuesta a recibirle todavía, el perjudicado sería John Fremont, quien acaso sin el aliento de la muchacha no se atreviese a salir de Bergesville. Y John necesitaba dinero por varias causas. Para su padre y para sí mismo, para las complicaciones que a no tardar empezarían a presentarse en su organismo de gigante...

A la tarde siguiente, James Main fue solo hasta el acantilado. Sentado sobre las peñas, en el dolor de su repentina soledad, se estuvo contemplando el mar mientras el día moría en lenta agonía de lejanas nubes ensangrentadas. Verónica y John se habían marchado. El pueblecillo de pescadores le pareció

a James más pequeño, más silencioso y pobre que nunca al regresar a su casa. Tuvo un acceso de rebeldía y experimentó el vehemente deseo de volar detrás del amigo y la mujer amada que al marchar llevaba consigo su corazón.

Pero se quedó en el pueblo. Después de todo, se dijo, quizás fuera conveniente esta separación para poner a prueba su amor. Preveía que esta seguridad habría de serle muy necesaria, porque si algún día decidía hacer de Verónica Hillman su esposa, la oposición que encontraría en la señora Main había de ser muy firme.

Al abrir de nuevo los ojos, vuelto en espíritu al circo, de donde su cuerpo no se había movido, James Main se encontró con el grotesco, a la vez que sorprendente espectáculo, de un blanco elefante trompeteando asustado mientras daba una voltereta flotando en el aire como un enorme globo.

El público, que seguía creyendo en algún hábil truco escondido, aplaudió cuando el elefante volvió al aserrín azul de la pista, donde tuvo que ser reprendido por el cornaca para que, asustado, no se precipitara sobre el público.

Apenas el elefante hubo desaparecido, la princesa Kamarsanda se situó sobre la alfombra que los pajes acababan de desenrollar y extender en el piso. La princesa saludó con un flotante pañuelo de gasa, la alfombra se separó del suelo... ¡y salió volando con la princesa montada arriba!

Ante los ojos del maravillado público, la princesa Kamarsanda voló alrededor de la pista y desapareció por la puerta de entrada al redondel.

—¡Estupendo! ¡Estupendo! —Exclamó entusiasmado el escéptico caballero que estaba sentado detrás de James —. Nunca había visto un número de levitación ejecutado con tanta limpieza.

El público, sin dejar de aplaudir, puesto en pie, seguía mirando al gigante que estaba en el centro de la pista bajo el haz coloreado de los reflectores.

Saludó el Genio con una breve inclinación de cabeza. Luego, él mismo se vio elevado en el aire como colgando de hilos invisibles, quedó acostado...y salió volando detrás de la princesa Kamarsanda que le precedía con su alfombra mágica.

James Main abandonó su localidad mientras el gigantesco Madison Square Garden parecía venirse abajo con el trueno de los aplausos. Más aunque el público reclamaba la reaparición del Genio, éste no se volvió a mostrar. En su lugar apareció la primera carroza que abría el desfile con que finalizaba el espectáculo.

Poco después James encontraba a John Fremont en el patio donde formaba la cabalgata para el desfile. Estaba hablando con el empresario, rodeado de periodistas que hacían relampaguear incesantemente sus lámparas de destello. James se quedó a un lado esperando. Alguien le tiró suavemente de la manga. Se volvió, era Verónica Hillman, todavía con su etéreo traje de princesa Kamarsanda.

—¡Verónica!

Unieron las manos y se contemplaron largamente.

—¡Como se alegrará John de saber que estás aquí! —exclamó la muchacha con pupilas resplandecientes.

—No, no se alegrará mucho —dijo James moviendo negativamente la cabeza —. No son muy buenas las noticias que traigo para él.

—¿Su padre acaso? —interrogó Verónica adoptando súbita expresión de gravedad.

—Sí. John tiene que volver a Bergesville. Su padre está muy enfermo y le reclama.

—¡Pero eso es terrible, James! Precisamente cuando acabamos de estrenar con tanto éxito...

—Se está muriendo, Verónica. La muchacha afirmó con mudo movimiento de cabeza.

—Sí, claro. Lo comprendo. Iré a llamar a John...

John se había echado sobre los hombros un enorme albornoz que le hacía parecer todavía más gigantesco. Vino apresuradamente seguido de Verónica y el empresario, tendió su manaza a James y exclamó con su vozarrón:

—James, muchacho. ¿Qué ocurre? ¿Está peor el viejo?

—Sí, John. Se encuentra muy mal y quiere verte. No era de tanta urgencia que hubiera necesidad de alarmarte con un telegrama, pero debes ir. Cuanto antes mejor.

—Naturalmente, partiremos enseguida —dijo el gigante.

El empresario protestó:

—¡Pero escuche, Fremont, no puede dejarme plantado así! Tiene firmado un contrato conmigo, y he gastado un dineral en propaganda. Mañana todo Nueva York vendrá a verle, pero si interrumpe su éxito con una salida intempestiva, cuando vuelva al circo se habrá enfriado el entusiasmo del público, y habrá que gastar medio millón en propaganda para volverle a calentar. ¡Qué digo, jamás conseguiremos devolverle al estado de entusiasmo en que se encuentra ahora!

—Todo el público del mundo no representa para mí lo que una sola hora al lado de mi padre moribundo —dijo John Fremont secamente —. Puede obrar como quiera, incluso rescindiendo mi contrato si lo estima conveniente. Yo debo ir con mi padre y me marcho ahora mismo.

El gigante se alejó dando grandes zancadas, mientras el empresario dejaba caer sobre James Main una dura mirada de reconvención.

—¡Naturalmente, denunciaré el contrato! —gritó finalmente el hombre blandiendo su puño amenazador hacia las espaldas de John —. ¡Y le reclamaré por daños y perjuicios!

El empresario se fue furioso, quedando solos Verónica y James.

—Voy a cambiarme de ropa —dijo la muchacha en respuesta a la mirada interrogativa de James —. Si John se marcha, no me quedará mucho por hacer aquí. Iré con vosotros a Bergesville.

James asintió con la cabeza, expresando su alegría con un fugaz relámpago de sus ojos oscuros.

.

CAPITULO III.

.

La cruda luz del alba iba extendiéndose por el cielo, apagando una tras otra el parpadeo de las estrellas.

La calle principal de Bergesville, donde acababan de detenerse el pesado camión y el taxi amarillo, aparecía desierta y silenciosa.

Mientras el gigantesco Fremont se apeaba por la trasera del camión, James dijo al conductor:

—No hay camino bastante ancho y seguro a través de las colinas. Pueden ustedes volverse a Nueva York.

John Fremont estaba de pie en el centro de la calle, con su enorme cabeza a la altura de las ventanas del segundo piso de las casas.

—Seguid vosotros en el auto —dijo John brevemente —. Yo iré andando.

James regresó al taxi donde Verónica Hillman acababa de despertar sobresaltada.

—¿Estamos en Bergesville?

—Sí. ¿Quieres que te lleve a casa ahora, o prefieres seguir hasta el final?

—Es demasiado temprano todavía para sorprender a tía Evelyn con mi desagradable presencia —repuso la chica cáusticamente —. Iré con vosotros.

El taxi se puso en marcha nuevamente, siguiendo el conductor al gigante cuyas espaldas quedaban bien iluminadas por los faros.

Había luz en la casa del acantilado. Ahora que John ganaba bastante dinero, el viejo Fremont pudo permitirse pagar a una mujer que iba todos los días a cuidarle y guisarle las comidas. Fremont se había negado tercamente a ser sacado de su vieja casa para trasladarse al Oeste, alegando, y no sin razón, que era demasiado tarde para efectuar cambios ni esperar mejoría sensible de su dolencia.

Hacía frío en el alto peñasco donde estaba encaramada la casa. Verónica se arrebujó friolera en su lujoso abrigo de pieles mientras cruzaba hacia la enorme puerta de la casa. James quedó rezagado abonando el importe de la carrera al taxistas luego la siguió dentro de la casa.

El doctor Main se encontraba allí y saludó a su hijo con leve movimiento de cabeza. James se acercó a su padre.

—¿Siguió empeorando?

—Sí. Ahora está en el estertor. Ha estado llamando a John toda la noche.

El lecho del moribundo había sido llevado cerca de la gran chimenea acampanada donde ardía un buen fuego. Con todo se dejaba sentir el frío en el

enorme y destartalado salón, parte del cual estaba ocupado por la gigantesca cama de cuatro metros de John.

El gigante, de rodillas junto al lecho, se inclinaba acercando su cara al rostro de su padre.

Acaso por la emoción que experimentó el moribundo a la vista de John, dejó escapar un extraño murmullo que alarmó al gigante. John se volvió haciendo una seña en dirección al doctor. Los dos médicos acudieron apresuradamente junto al lecho.

El doctor Main tomó la muñeca del agonizante para comprobar su pulso.

—Si tiene algo que decir a John, hágalo ahora, señor Fremont — —dijo el médico con entonación solemne.

—Sí, sí —dijo el moribundo con voz fatigosa —. No hay mucho tiempo que perder... lo sé. John, he de hacerte una revelación. Pero ya que están aquí los doctores... y esa señorita que ha venido contigo... voy a exigirles la promesa de que nunca... jamás revelarán nada de lo que aquí escuchen. Es un juramento que hacen aun moribundo... por lo tanto... un juramento sagrado.

—Hable, Fremont —dijo el doctor Main —. Tiene nuestra promesa solemne de que guardaremos el secreto que usted quiera confiarnos. ¿No es así, Verónica?

Verónica Hillman asintió desde los pies del lecho.

—John. Tú no eres hijo mío —dijo el moribundo con débil voz. Y prosiguió entrecortadamente —: Yo no soy tu padre... ni la mujer que has conocido por madre fue madre tuya. Cierto que te vimos nacer y te quisimos como un hijo. Pero tus padres verdaderos fueron otros...

—¡Padre! ¿Por qué me dices eso ahora? —sollozó el gigante inclinándose sobre la delgada figura que apenas levantaba las mantas de la cama —. No he conocido otros padres que vosotros. Si me comprasteis, o me adoptasteis o...

—John, no es lo que tú te figuras —protestó Fremont agitando una de sus escuálidas manos —. No eres un hijo abandonado. Tus padres estuvieron a tu lado... hasta que murieron. Están enterrados aquí, en la gruta que hay debajo de la casa. Yo cegué la entrada a la cueva... para que ella les sirviera de perpetuo sepulcro.

—¡Dios mío! —exclamó John aterrado —. ¿Qué secreto tan horrible me has estado ocultando? ¿Por qué enterraste a mis padres en la gruta? ¿Cómo murieron? ¿Quién los mató? ¿Por qué nunca me hablaste de ellos hasta ahora?

—Una revelación prematura hubiera carecido de objeto... y sólo habría servido para hacer aún más amarga tu existencia en este mundo que no es el tuyo.

— John... aunque naciste en la Tierra... tú no eres un terrícola como nosotros. Tu mundo... tu reino... está allá, en Marte...

Una ronca exclamación de sorpresa brotó simultáneamente de los labios de John y de Verónica Hillman. Los Main, a su vez, cruzaron una mirada de inteligencia. El pobre Fremont empezaba a delirar.

Fremont prosiguió fatigosamente:

—Es una historia larga de contar... pero trataré de resumirla en pocas palabras. No es cierto que yo sea albanés, sino que realmente soy norteamericano. Hace muchos años... siendo yo un muchacho... una nave marciana tripulada por gigantes aterrizó en la granja donde vivía con mis padres. Los gigantes nos tomaron prisioneros, nos metieron en su aeronave y nos llevaron a Marte. Allí conocí a otros terrícolas... entre ellos la mujer con quien después me casé. Los marcianos nos trataron muy bien, éramos felices allí y sólo de tarde en tarde echábamos de menos el mundo donde nacimos...

El moribundo se interrumpió respirando entrecortadamente. El doctor Main dijo mirando a John:

—Muchachos, me considero en el deber de advertiros que Fremont está delirando. No sabe lo que dice.

—¡No, no es cierto! —protestó el enfermo braceando furiosamente. Sollozó —John, tienes que creerme. Estoy completamente lúcido...

De pronto, el viejo Fremont rompió a hablar en un idioma gutural y desconocido para todos los presentes, a excepción de John que le escuchaba con asombro.

—Sigue delirando —observó el doctor Main moviendo gravemente su gris cabeza —. Ahora habla en su idioma nativo.

John levantó un instante la cabeza, miró al doctor y volvió su atención a lo que Fremont decía.

La voz del moribundo iba haciéndose más fosca y estertorosa por momentos. John tuvo que pegar casi su gran oreja a los labios de Fremont para recoger sus últimas palabras. Después de unos balbuceos, el moribundo hizo un ademán de extremo cansancio y cerró los ojos.

El doctor Main descubrió el hundido pecho de Fremont, aplicó sobre él la trompetilla de su fonendoscopio y le auscultó.

Se puso en pie moviendo la cabeza.

—¿Ha muerto? —preguntó John.

—Está agonizando.

Todos guardaron silencio. La revelación de Fremont había sido larga y afuera la luz del nuevo día seguía cobrando vigor. Un rayo de sol entró a través de los empolvados cristales de una ventana y llenó la habitación de rojiza claridad.

Fremont abrió los ojos, puso su turbia mirada en el techo y murmuró una sola palabra:

"Marte".

Luego dobló la cabeza y expiró.

El entierro tuvo lugar a primeras horas de la tarde y debido a que era domingo constituyó una verdadera manifestación de duelo.

Al volver del cementerio y dispersarse el grupo que vino acompañando al gigante, éste quedó a solas con Verónica Hillman y su amigo James ante la casa del doctor.

Dijo Verónica entonces:

—Si tomáramos un avión en Boston, todavía llegaríamos a tiempo para la función de la noche. Hacerlo así nos evitaría muchos disgustos y la probable rescisión del contrato.

—No voy a volver al circo —dijo John abruptamente.

—¡John!

—Al menos hasta que haya comprobado qué hay de cierto en toda esa historia que me contó mi padre.

John volvió bruscamente la espalda a sus amigos y se alejó dando grandes zancadas.

Verónica cruzó una mirada con su primo y, ambos de común acuerdo, echaron a andar detrás del gigante. Pero éste andaba muy aprisa y cuando llegaron a las últimas casas del pueblo los había sacado ya una considerable ventaja. Dijo Verónica mientras apretaba el paso, casi corriendo:

—Tienes que ayudarme a convencerlo, James. De lo contrario perderá ese contrato y tendrá que abonar a los empresarios un montón de dinero por compensación.

—Trataré de convencerle —dijo James —. Aunque con una condición. El volverá solo al circo, mientras que tú te quedarás conmigo.

La muchacha se detuvo en seco para mirarle sorprendida:

—No espero sorprenderte mucho diciéndote que te quiero, Verónica —prosiguió James —. Te quiero y deseo que seas mi mujer.

James Main se acercó impulsivamente a ella, tratando de cogerla entre sus brazos. La muchacha le rechazó y al retroceder estuvo a punto de caer. James la sostuvo con firmeza por un brazo, sintiéndola temblar a ella bajo su mano.

—James, eso... no es posible —murmuró la muchacha asustada.

—¿Qué quieres decir?

—Causaríamos un grave daño a John ¿no lo comprendes?

—No, no lo comprendo.

—John está enamorado de mí.

—¡El! —exclamó James roncamente. Y enmudeció de repente no acertando a pronunciar palabra. Luego, pequeños detalles desvanecidos en su memoria brotaron a la superficie de su recuerdo removidos del fondo por la furiosa agitación de los celos. Palpó el abrigo de pieles que cubría a la muchacha, cálido y suave al tacto —. Sí, ahora empiezo a comprender. Este abrigo de visón debió costar una fortuna. Y luego, su forma de mirarte anoche en el circo... la facilidad con que lograste convencerle para que se presentara en público...

La muchacha se desasió de él de un brusco tirón.

—No es lo que tú crees —dijo ofendida, y hasta su rostro subió una

ola de rubor —. John está enamorado de mí... pero eso no quiere decir que yo le corresponda. Tampoco él se me ha declarado nunca. ¡Dios mío! Pero yo sé que me quiere, aunque sea el suyo un amor platónico y sin esperanza...

—Naturalmente, sin esperanza —dijo James furioso —. ¿Qué puede esperar un monstruo como él de una mujer como tú? No será tan estúpido que aspire a casarse contigo. Pero si tú sabes que te ama, y alientas el fuego místico que arde en él, probablemente exigirá de ti una lealtad sin límites, más celosa que si realmente fueras su mujer y tuviera sobre ti derechos reconocidos. Esa tiranía acabará por exasperarte alguna vez y finalmente tendrás que apearte del pedestal donde él te puso y tú aceptaste estar. Su dolor y su decepción serán tanto más grandes cuanto más tiempo haya estado adorándote de rodillas. ¿No sería más honrado desengañarle ahora mismo?

—No. ¿Por qué? Todos sabemos que John morirá joven... y él lo sabe también. A mí me queda una larga vida por delante, mientras que él está en el mundo por breve tránsito. No hay ningún mal en que yo siga a su lado, y le aliente, y le haga sentirse menos solo. No puedo abandonarle. Pero además ¿por qué había de hacerlo? ¿Has preguntado siquiera a tu mamá si consentirá que te cases conmigo?

—No mezcles a mi madre en esto, Verónica —gritó James furioso —. Ya soy bastante crecido para tomar decisiones por mi propia cuenta. Pero dime, ¿cómo supo John que le quedan pocos años de vida? ¿Se lo dijiste tú, acaso?

—John lee libros... Era inevitable que llegara a saberlo una vez u otra, sobre todo conociendo la vida de otros gigantes que le precedieron.

—Aun así, Verónica, no estás obligada a representar el papel de buena Samaritana ni tomar sobre ti la tarea de iluminar los años que le queden de vida.

—Te equivocas si crees que es una carga demasiado pesada para mí, James. Aunque te cueste creerlo, siento un placer en hacer el bien de ese modo.

—Sobre todo, ahora que John gana dinero y puede recompensarte con lujosos abrigos de visón. ¿Te propones heredarle también, Verónica?

James Main dijo esto y al punto se arrepintió de sus palabras.

Verónica le lanzó una mirada furiosa. Sus bellas pupilas se empaparon de lágrimas mientras empalidecían sus mejillas.

Repentinamente le volvió la espalda y se alejó andando con rapidez de regreso hacia el pueblo.

James dudó unos instantes. Pensó luego que la muchacha estaría demasiado furiosa para escucharle ahora, ni siquiera aunque él tratara de presentarle sus disculpas.

Optó pues por seguir por el camino y reunirse con John Fremont.

Encontró al gigante en la parte de atrás de la casa, de pie en el mismo filo del acantilado, contemplando sombríamente el precipicio.

—¿Que ocurre, John? —preguntó James acercándose a él.

Dijo el gigante:

—Necesito que alguien me preste un favor. James ¿serias capaz de descolgarte por una cuerda hasta la ventana de esa gruta que hay abajo?

—¿Que es lo que te propones, John? —interrogó James sobresaltado.

—Temo que no me encuentro hoy bastante inspirado para elevarme por mí mismo desde la playa hasta la gruta. Ya sabes como es eso, si un pensamiento cualquiera me distrajera, me precipitaría al suelo como una piedra y me estrellaría. Simplemente se trata de entrar por la ventana y ver lo que hay dentro de la gruta.

—John, tu no habrás tomado en serio lo que tu padre dijo en su delirio —protestó James acaloradamente.

—¿Por qué no? Siempre tuve la sensación de estar viviendo en un mundo que no era el mío. ¿Por que no puedo ser un marciano? El viejo no deliraba. Nadie podría componer una historia tan completa en sus detalles en estado semiinconsciente.

—¿Que fue lo que dijo Fremont cuando se puso a hablar en ese dialecto albanés?

—No es un dialecto albanés, James. Nunca lo ha sido. La lengua que los Fremont me enseñaron de niño es el idioma nacional de Marte.

—Vamos, vamos... —exclamó James echándose a reír.

El gigante dijo gravemente:

—Escucha lo que Fremont me contó en lengua marciana, James. Mis padres eran los reyes legítimos de Marte, hasta que un movimiento revolucionario dirigido por un hermano de mi padre derrocó la monarquía constitucional e instituyó una república autónoma que disgregó en varios estados independientes el reino milenario de mis antepasados. A fin de escapar a la enconada persecución de mi tío, mis padres se vieron obligados a esconderse y, finalmente, a huir de Marte en compañía de los Fremont para buscar refugio en la Tierra. Confiaban ellos en que algún día les sería permitido regresar a la patria, pero la melancolía, la soledad y densa atmósfera de la Tierra los mataron en muy pocas semanas. Los Fremont me tomaron bajo su cuidado y, siempre con la esperanza de que la monarquía sería restaurada algún día y podría volver a Marte, me enseñaron la lengua materna y me educaron en los principios de justicia y equidad elementales en la persona de un futuro rey.

—John, tú no habrás creído ese hermoso cuento de hadas —protestó James.

El gigante le lanzó una dolida mirada y James refunfuñó:

—Está bien. Me arriesgaré a romperme los huesos bajando por esa cuerda, sólo para demostrarte que no hay nada más que polvo y telarañas en esa maldita gruta.

La gruta tapiada se encontraba a unos 20 metros del filo del acantilado según James calculó. En la casa no había ninguna cuerda de esta longitud que fuera lo suficientemente fuerte para el objeto que se proponían.

—Iré a buscarla al puerto —dijo John muy animado —. Los pescadores me la prestarán.

James se sentó a esperar en el borde del acantilado mientras el gigantesco John marchaba dando zancadas por el sendero.

Como cada zancada de John equivalía por lo menos a cuatro pasos de un hombre de talla corriente, pudo realizar la proeza de hacer el viaje de ida y vuelta en menos de una hora.

—Átate la cuerda a la cintura y yo te descolgaré desde arriba hasta que digas bastante —dijo el gigante.

James se aseguró la cuerda, avanzó hasta el filo del acantilado y empezó a descolgarse mientras John le sostenía.

La roca estaba cortada a pico y el descenso resultó tan fácil y seguro como si el escalador colgara del cable de una grúa. En realidad, John hacía las veces de esta grúa desde el filo del precipicio.

—¡Basta, John, ya la he alcanzado! —gritó James al sentir el roce de sus pies contra el cristal de la ventana.

La ventana resultó ser más grande de lo que parecía a simple vista desde abajo, pues tenía por lo menos dos metros de lado y era más que suficiente para permitir el paso de un hombre, incluso si se tratara de un gigante de las proporciones de John Fremont.

Un fuerte puntapié hizo saltar los cristales de la ventana. James llamó a su amigo para que le soltara un par de metros de cuerda y de esta forma se encontró a la altura de los cristales que acababa de romper. Cuidadosamente quitó los fragmentos de cristal que quedaban.

Echó una mirada dentro, pero la gruta era muy profunda y había un espeso cortinaje de telarañas tapando todo el hueco de la ventana, por lo que nada pudo ver.

Pasando una pierna sobre el repecho de la ventana, James volvió a gritar a John para que aflojara la cuerda y se metió dentro.

Las telarañas se pegaron a sus manos al apartarlas. Había suficiente luz en el interior de la gruta, debido a que el sol poniente daba de refilón en los cristales de la ventana. James vio en primer lugar un par de sillas enormes y una mesa como exprofeso para gigantes en el centro de la cueva.

Sus ojos, registrando en torno con asombro, vieron al fondo un par de lechos gigantescos, de cuatro metros o más de longitud...

Fue aquí precisamente donde James Main experimentó un fuerte sobresalto al distinguir en una de las camas una figura macabra... ¡Era un esqueleto! Un esqueleto humano sin duda, aunque de dimensiones enormes. ¡El esqueleto de un gigante!

El estupor dejó a James Main como clavado al suelo. La fabulosa historia de marcianos y gigantes que John le había contado, cobró de pronto a sus ojos plena verosimilitud a la vista de los testimonios que se mostraban a sus ojos.

John Fremont, al que acaso hubiera que llamar por otro nombre en

adelante, no era una monstruosidad producto de la naturaleza de la Tierra. Gigante, hijo de gigantes, debería ser una criatura normal en el ambiente de su propio mundo de origen, Marte. Todo esto era demasiado fantástico, algo realmente increíble e inesperado para ser comprendido en un instante y de una sola vez.

Absorto, James Main siguió estudiando la gruta sin moverse de la ventana.

Una solitaria bombilla colgaba del techo de un hilo eléctrico. En las paredes vio algunas estanterías con libros, botellas y cachivaches diversos. Sobre un estante, adosado a la pared, vio un receptor de radio de un modelo que había quedado anticuado veinte años atrás.

Al fondo James distinguió la escalera cegada que conducía a la casa sobre el acantilado. A un lado, una cueva lateral había sido tapiada con cal y canto. Era una habitación bien pobre para que en ella hubieran muerto unos reyes exilados de un planeta lejano.

Moviéndose con lentitud, James dio una vuelta alrededor de la mesa y se acercó al esqueleto. Este conservaba todavía las ropas puestas y el cabello.

Los cabellos del esqueleto eran blancos, como los de John. El muerto debió tener una buena cabeza casi calva, y James comprendió por primera vez la razón del gran volumen del cráneo de John. Probablemente ésta era una de las características de su raza. Las ropas del muerto consistían en una especie de largo camisón que dejaba al desnudo los brazos de codo para abajo. Fijándose ahora en los huesos del esqueleto, James descubrió que, aunque parecidos en general a los del cuerpo humano, diferían respecto a este en algunos detalles. Y de todos, el detalle más característico era que se trataba de huesos rayados.

James, familiarizado con la armazón del cuerpo humano, jamás había visto unos huesos como éstos.

¡No era un esqueleto de un hombre de la Tierra!

La gruta olía a polvo y a humedad, a moho y a cosa muerta. Era un lugar macabro.

Afuera se escuchó el potente vozarrón de John:

—¡James! ¿Qué ocurra?

James volvió a la ventana, sacó la cabeza.

—¡Súbeme, John!

El gigante haló la cuerda desde arriba. James alcanzó el borde del acantilado y mirando asombrado a su amigo exclamó:

—¡Es cierto, John! Hay un esqueleto de gigante allá abajo.

—¡Oh, sabía que estaría allí! —exclamó John palideciendo.

—Hay una cosa que me intriga, John. Según nos cuenta Fremont, tu padre y tu madre estuvieron escondidos aquí. ¿Quién murió primero?

—Mi padre. Eso me aseguró Fremont.

—Entonces el cadáver que hay allá es el de tu madre. ¿Pero cómo se deshizo Fremont del cuerpo de tu padre?

—Lo metió en una cueva lateral y cegó su entrada con piedra y cal.

James asintió con lentos movimientos de cabeza.

—He visto ese muro —dijo —. Parece increíble, pero al menos hasta ahora todo concuerda con esa fantástica historia de Fremont.

—Voy a bajar —dijo John avanzando hasta el borde del precipicio.

—La cuerda no aguantará tu peso.

—No voy a utilizar la cuerda —repuso el gigante secamente.

—Ve con cuidado, John. Antes no estabas demasiado seguro de ti mismo. Recuerda que cualquier pequeña distracción puede precipitarte al suelo como un plomo.

—Nada me distraerá ahora —aseguró John.

James se limitó a guardar silencio mientras el gigante cerraba los ojos y parecía entrar en trance.

Después de un minuto de intenso recogimiento, John abrió los ojos y miró ante sí a un punto perdido del espacio.

Lentamente, sus pies se separaron de la roca y ascendió hasta quedar inmóvil a un metro de altura. Luego, una fuerza invisible le desplazó hacia adelante. En un minuto quedó flotando sobre el abismo, repitiendo para James aquel extraño experimento que el médico jamás pudo explicarse.

Suavemente, el gigante comenzó a descender, desapareciendo sucesivamente de la vista de James sus piernas, su tronco, y finalmente su gran cabeza albina. James no osó asomarse al precipicio por temor a ser causa involuntaria de una distracción que hundiera a su amigo en el abismo hasta estrellarse sobre las rocas del pie del acantilado. El médico esperó con el aliento contenido hasta que se escuchó un estrépito de cristales rotos.

John había alcanzado la ventana. Y para tener acceso a la gruta había tenido que romper todos los cristales.

James se asomó al precipicio y vio a su amigo desapareciendo por la ventana. Todo había salido bien. Al retirarse exhalando un suspiro de alivio, James escuchó rumor de pasos sobre la peña.

Era Verónica Hillman quien llegaba. El enfado parecía haberle pasado.

—¿Dónde está John? —preguntó.

—Ahí abajo, en la gruta.

— ¿Qué fue a hacer allí?

—Fue a contemplar los cadáveres de sus padres.

— ¿Cómo?

James contó a la muchacha su conversación con John, así como el resultado de la exploración que él mismo había realizado en la gruta.

Verónica le escuchó estupefacta.

Terminaba James de relatar a su prima lo ocurrido cuando la cabeza de John reapareció saliendo por el borde del abismo. Poco después el gigante estaba ante sus amigos. Se le veían los ojos húmedos y el rostro demudado.

—Sí, ellos están allí abajo —murmuró.

Los tres permanecieron largo rato en silencio. El sol caía sobre el horizonte y les daba de lleno en los ojos. A fin de despejar la atmósfera de su ostensible pesadez, James murmuró a título de comentario:

—Debieron llegar hasta la gruta utilizando la ventana, y ya jamás salieron de allí hasta su muerte. No debió ser muy agradable su estancia en esa cueva, solos y tristes.

John levantó al cielo sus ojos arrasados en lágrimas.

.

CAPITULO IV.

.

A la mañana siguiente, poco antes de la salida del sol, James se levantó y salió a la calle para tomar el sendero de las colinas en dirección al acantilado.

Puesto que él apenas había pegado ojo en toda la noche, suponía que la noche habría sido peor para su amigo, sólo en la casa de la colina de donde unas horas antes habían sacado el cadáver de Fremont, con un par de esqueletos abajo en la gruta, el pensamiento torturado por el intenso ejercicio de la imaginación.

Encontró a John delante de la casa, donde había sacado su enorme cama de cuatro metros de longitud, entregado al extraño ejercicio de sacar muebles y objetos de la casa para amontonarlos sobre el camastro hasta formar con ellos una pirámide.

—¡John! ¿Pero puede saberse lo que estás haciendo? —exclamó James sorprendido.

—Voy a hacer un intento.

—¿Un intento de qué? Yo diría más bien que te dispones a mudar de casa. ¿Qué hacen todos esos muebles ahí?

—Voy a probar a elevarme con toda esta carga hasta tres o cuatro mil metros de altura.

—¡John, tú no estás bien de la cabeza!

—Nunca he probado mi capacidad total para levantar pesos. Todavía ignoro el máximo peso que puedo elevar, y la máxima altura a que puedo hacer que se eleven.

—Muy bien, si se trata sólo de un pasatiempo. ¿Pero por qué montarte tú también sobre esos trastos?

—Esta carga subirá más alta si voy con ella. Es decir, eso es lo que espero.

John había empezado a sujetar la pirámide de muebles a la cama, utilizando para ello la larga cuerda que la tarde anterior utilizaron para descender hasta la gruta. James le miró hacer en silencio. 1 Cuando hubo terminado de amarrar bien los bártulos, el gigante se encaramó sobre ellos y cerró los ojos como solía hacer para concentrarse.

James se preguntó si esta fantástica propiedad para levantar pesos con la sola acción del pensamiento sería privilegio exclusivo de John, o sería un

don común a todos los marcianos. La Medicina, que tantas cosas ignoraba todavía del cuerpo humano, apenas si sabía nada del intrincado mecanismo del pensamiento. Era posible, y no sería James quien se atreviera a negarlo categóricamente, que una raza de hombres antiquísima con un cerebro extraordinariamente desarrollado, fuera capaz de realizar prodigios que el tosco pensamiento de los terrícolas ni siquiera podía imaginar.

Mientras James reflexionaba de esta manera, la enorme cama de 4 metros empezó a levantarse con lentitud llevando sobre ella la pirámide de muebles y al gigante encima.

Aunque eran ya varias las veces que James había visto a John Fremont realizar este experimento, jamás dejaba de presenciarlo sin experimentar profundo asombro y admiración. El gigante, en esta ocasión, hizo elevarse la cama con su carga y él mismo a una altura aproximada de un centenar de metros. Mas como si llegado a esta altura el poder mental de John empezara a desfallecer, la cama de madera volvió a descender con rapidez sobre un punto algo distante de la casa.

Con un crujido que se escuchó por todas las colinas, la cama se estrelló contra el suelo, volcó rodó por una ladera abajo hacia el camino desparramando muebles que a su vez se desmenuzaron en fragmentos con ruido.

Cuando James Main echaba a correr en auxilio del fracasado Icaro marciano, Verónica Hillman aparecía en el camino de Bergesville y corría a su vez en dirección a John. Los dos llegaron al mismo tiempo al lado del gigante que se incorporaba tentándose los adoloridos riñones.

—¡John! —exclamó la chica extremadamente pálida.

—Estoy bien, no pasa nada —dijo John haciendo un ademán —. Algo falló y ya creo saber que es. Debe haber algo de índole eléctrica en esa propiedad mía de hacer que se eleven los objetos. Al parecer, los cuerpos que son buenos conductores, reaccionan mejor que los que no son buenos conductores de la electricidad. No tuve en cuenta que la cama y los muebles son de madera, y en eso consistió mi fracaso.

—¿Estabas ensayando algo nuevo para nuestro espectáculo tal vez?

—¿Espectáculo? —repitió el gigante extrañado —. ¡Oh, perdón! No era eso. En realidad ni siquiera me acordaba del circo.

—Pues deberías pensar en ello —reconvino Verónica haciendo un mohín de enojo —. Debemos volver hoy mismo a Nueva York, o te rescindirán el contrato entablándote pleito por daños y perjuicios. Es algo que te costará mucho dinero y te causará muchas molestias y sinsabores, te lo aseguro.

—Sinceramente, Verónica, no pensaba volver al circo —dijo John.

—¿Que no vas a volver? —exclamó la muchacha aterrada —. ¡Precisamente cuando se te ofrece la oportunidad única en tu vida de ganar millones! ¿No te das cuenta, John? Eres un príncipe marciano. Cuando hagamos saber eso, la gente se matará en verdaderos tumultos por venir a ver

un auténtico marciano realizando proezas que ningún terrícola es capaz de emular. He estado pensando en ello toda la noche. Incluso he inventado un número fantástico... tú, vestido con traje interplanetario y escafandra, apareciendo en medio de la pista tripulando un platillo volante. ¡Oh, eso sería algo de mucho efecto, John! Incluso...

El gigante, repentinamente serio, lanzó sobre Verónica una dura mirada de reproche que ésta, en su entusiasmo, no supo comprender.

Fue James Main quien la interrumpió gritando furioso:

—¡Cállate de una vez! ¿No eres capaz de pensar en otra cosa, fuera del éxito de vuestro maldito espectáculo?

La muchacha cerró la boca sorprendida y miró de James al pálido rostro del gigante. Este dijo moviendo su grotesca cabezota:

—No, Verónica. Comprendo que te gustaría mucho, pero no podemos utilizar como reclamo mi origen marciano.

—¿Por qué?

—Por una sola y elemental razón. ¿No se os ha ocurrido que las emisiones de radio de la Tierra puedan estar siendo escuchadas en Marte?

—Posiblemente, John, aunque no comprendo dónde quieres ir a parar —balbuceó Verónica.

—Ahora que en la Tierra se discute la posibilidad de que exista vida en Marte, cuando todas las naciones construyen cohetes para enviar su hombre al espacio, la noticia de que existe realmente una humanidad marciana y yo soy uno de sus representantes, creída o no, provocaría un clamor de controversias cuyos ecos llegarían hasta las antenas que quizás estén a la escucha en Marte. Quizás haya en Marte gente a quien le agradaría saber que todavía vive un hijo del Rey destronado, y una de esas personas podría ser mi tío. Si mi tío vive todavía y gobierna en mi patria, su reacción no sería de entusiasmo al conocer mi existencia. Tal vez entonces intentara destruirme, eliminando así toda posible amenaza de que yo intentara recuperar el trono de mi padre.

—¡Pero eso es una tontería, John! —exclamó Verónica Hillman —. Nunca llegarás a constituirte en verdadera amenaza para tu tío, en el supuesto que viva todavía. El está en Marte y tú en la Tierra. Y aunque ellos seguramente pueden venir, tú nunca podrás ir allá a levantarle pleito a tu tío y tratar de arrebatarle el trono.

—¿Estás segura que nunca podré ir a Marte, Verónica? —interrogó el gigante mirándola con gravedad.

—Pues francamente, a menos que... ¡Oh, John! exclamó la chica con un ademán de cansancio —. Discúlpame si estoy aturdida. ¡Todo es tan nuevo, tan reciente e inesperado!...

—En efecto —dijo James Main aprovechando la coyuntura —. No hace muchas horas todavía eras un pobre muchacho víctima del gigantismo, una monstruosidad condenada por la naturaleza a una muerte prematura, un ser desdichado a quien teníamos que mirar con horror, cuando no con lástima

y diversión... Verónica Hillman lanzó una ronca exclamación de sorpresa y miró espantada desde James al pálido rostro del gigante. Los ojos dorados de John relampagueaban furiosos, pero el médica continuó con valentía:

—Desde hace aproximadamente veinticuatro horas, todo cambió. Ya no eres un monstruo, John, sino un ser perfectamente normal que en tu propio mundo pasaría por un buen mozo. Por si eso fuera poco, ni siquiera eres un tipo corriente en tu patria, sino un príncipe heredero: es decir, un futuro rey. No eres pues merecedor de que te compadezcamos, sino de toda nuestra admiración y nuestro respeto.

—James ¿te estás burlando de mí? —rugió el gigante apretando los puños.

—¿Acaso he dicho algo que no fuera cierto?

—¿Tú me compadecías?

—Naturalmente, John. Y Verónica también. No importa que sintiéramos por ti amistad al mismo tiempo. Eras un ser desdichado y te compadecíamos. ¿No es así, Verónica?

La muchacha, pálida y muda, sostuvo un instante la mirada que le dirigía el gigante y luego apartó sus ojos avergonzados.

Bruscamente, John Fremont dio media vuelta y se alejó hacía la casa dando aquellas zancadas características suyas. Verónica volvióse furiosa hacia su primo.

—¡No debiste hablarle así, James!

—Era preciso aclarar esta situación de una vez. Al fin y al cabo no he dicho nada que él no supiera, aunque acaso se empeñara en no verlo e ignorarlo.

—¡Le has humillado!

—Le he elevado a la condición de persona que nunca tuvo para nosotros. Si él ha dejado de compadecerse de sí mismo ahora que conoce su origen ¿por qué hemos de compadecerle nosotros?

Verónica Hillman dejó caer sobre su primo una mirada de enojo y reconvención. Luego, volviéndole la espalda, se alejó en dirección a la casa del acantilado.

Malhumorado, aunque considerando que acababa de realizar una operación quirúrgica tan dolorosa como necesaria, James Main emprendió el regreso a Bergesville a tiempo para comenzar la consulta médica.

Verónica Hillman no reapareció por casa de sus tíos hasta el mismo instante en que éstos se disponían a almorzar sin aguardar más.

—No tengo mucho tiempo —anunció la muchacha —. Volvemos esta tarde a Nueva York para reintegrarnos a nuestro espectáculo.

—¿John ha decidido volver al circo? —interrogó James disgustado.

—Tiene que trabajar para comer ¿no es cierto? — ¿Y tú? ¿Es necesario también que trabajes en el circo para poder llevarte una miserable chuleta a los dientes?

—¿Qué duda cabe? —Repuso la chica lanzando una mirada de

desafío sobre la señora Main —. Una cosa que nuestras madres nos enseñan a las hijas del circo, es que las mujeres no deben ser un peso muerto para la familia, los padres, o los hermanos, o el marido. Esa es la razón porque todos trabajamos en el circo, aunque sea en números modestos de poca importancia.

James no volvió a pronunciar palabra. Estaba furioso contra su prima, y también estaba indignado contra John. A ella le había brindado la oportunidad de separarse del espectáculo de John. Al gigante le había dado a entender la distancia que siempre habría entre la compasión que Verónica sentía por él, y el místico amor que él sentía por ella.

Pero ni Verónica quiso aprovechar la ocasión, ni John Fremont demostraba darse por aludido. Todo seguía igual que antes. Los dos iban a marcharse de nuevo, y él volvía a su soledad.

Víctima de una rabieta, James arrojó la servilleta sobre la mesa y cogió su maletín anunciando:

—Me vinieron a avisar que la señora Strube había empeorado. No puedo perder más tiempo.

Y salió sin mirar siquiera a su prima.

La señora Strube en realidad se encontraba en franca mejoría y James lo sabía. Fue sólo una excusa para salir de casa sin despedirse de su prima, que era lo que él quería.

Poco después, mientras charlaba con la locuaz señora Strube, James veía pasar un gran camión por la calle. Sabía que el camión estaba destinado a llevar a John Fremont, el cual era demasiado alto para tener cabida en un autobús o un tren de viajeros corriente.

El camión pasó al poco rato en dirección contraria con Verónica sentada junto al conductor. James pensó "todo ha terminado".

Se despidió de la señora Strube y regresó a casa.

Encontró a sus padres todavía en el comedor, ambos en actitud extraña. La señora Main se llevaba un pañuelo a los ojos en un rincón y el doctor paseaba furiosamente con las manos a la espalda.

—James —dijo el doctor Main a su hijo con acento solemne —. Si de veras quieres a tu prima Verónica no hay nada que te impida casarte con ella.

—Gracias —dijo James secamente —. Probablemente nunca tendré la oportunidad de utilizar vuestra autorización.

Dos días después, James abandonaba Bergesville para tomar plaza de médico en el hospital Cramher de Boston.

Abstraído en el desempeño de su trabajo en el hospital, donde no se concedía a sí mismo demasiado tiempo para la evocación y la nostalgia, los largos meses de invierno transcurrieron para James Main con asombrosa rapidez.

Los éxitos que John Fremont seguía cosechando en otras ciudades de los Estados Unidos y el Canadá, llegaron alguna vez hasta James en forma de eco, a través de las cartas que recibía de sus padres y de algunos amigos de Bergesville.

John, al parecer, estaba ganando mucho dinero muy aprisa. A su costa había hecho levantar un sobrio, a la vez que costoso mausoleo, que al parecer pensaba dedicar a los Fremont en el humilde cementerio de Bergesville. James, que estaba en el secreto de la existencia de otro par de esqueletos más en la gruta del acantilado, supuso acertadamente que el monumento iba dedicado tanto a los Fremont como a los verdaderos padres de John, que allí reposarían en adelante en el anonimato.

Al llegar la primavera, James experimentó el deseo de volver a Bergesville. Los meses que faltaban hasta sus vacaciones de verano empezaron a parecerle largos, en contraposición a la brevedad del invierno, transcurrido.

Finalmente, en el mes de julio, James hizo sus maletas y montándose en su flamante automóvil tomó la carretera para disfrutar de sus vacaciones en el tranquilo remanso de la aldea donde se había desarrollado su niñez. Con sorpresa encontró que todo en Bergesville despertaba en él el recuerdo de John, por consiguiente el recuerdo de Verónica Hillman también. James empezó a considerar seriamente la conveniencia de marchar a concluir sus vacaciones en el Canadá.

Con las maletas preparadas, desde luego con el consiguiente disgusto de sus padres, James salió la última noche dando un paseo por el sendero de las colinas hacia la casa del acantilado.

La noche era tranquila, casi calurosa. Sobre las colinas navegaba la luna igual que una barquilla de plata. Al dejar atrás la última curva desde la cual ya era visible la casa encaramada sobre el acantilado, James se detuvo sorprendido.

Había luz en la casa.

James sabía que la casa continuaba siendo propiedad de John, el cual se había negado a alquilarla. Por lo tanto, si alguien había en la casa, tenía que ser un vagabundo, a menos que se tratara del propio John, y esto último era improbable.

Después de permanecer unos minutos inmóvil, cavilando, James decidió aproximarse a la casa con cautela.

La luz que James había visto desde el camino correspondía a una ventana de aquella destartalada sala donde antaño dormía John en su gigantesca cama. Los chiquillos, que seguían teniendo la casa por antro de brujas y guarida de fantasmas, habían roto a pedradas el cristal de la ventana.

James se asomó por la ventana y lo que vio le hizo lanzar una ronca exclamación de sorpresa:

—¡Verónica!

La muchacha estaba ante la chimenea quemando un montón de papeles y libros viejos y se volvió sobresaltada.

James se retiró de la ventana y entró por la ancha puerta que estaba entornada. Verónica vestía una estrecha falda blanca y una blusa de transparente nylon azulado. Sobre el respaldo de una silla colgaba su chaqueta

también blanca. Seguía siendo una chica distinguida y estaba muy bonita con su corto cabello rubio casi blanco.

—¡Ah, eres tú! —dijo la chica. Más aunque trataba de componer su expresión, no pudo ocultar del todo la emoción que le producía este encuentro.

James se detuvo a unos pasos de distancia de ella y preguntó:

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has venido? —Llegué con John hace apenas una hora.

—Pues no vi vuestro camión. ¿Dónde está John? —Bajó a la gruta. Se propone sacar de allí los restos de sus padres para llevarlos al nuevo mausoleo que hizo levantar en el cementerio de Bergesville.

—Comprendo.

Hubo una larga pausa entre los dos, y en este silencio se escuchó un ruido fuera de la casa. Las grandes puertas gimieron. James volvió la cabeza a tiempo de ver entrar al gigantesco John.

El gigante se dirigió a su amigo como si acabara de verlo el día anterior.

—Hola, James —saludó con un ademán —. Estaba pensando ir en tu busca.

—Verónica me ha dicho que vas a sacar los restos de tus padres para llevarlos al mausoleo. ¿Necesitas que te ayude?

—No. He envuelto los restos en una gran lona y me propongo llevarlos yo mismo. No era por eso por lo que iba a buscarte. ¿Verónica no te ha dicho nada?

—No sé a qué te refieres. Acaba de llegar. Vi luz en la ventana y me acerqué a indagar quién andaba por aquí.

—Bien, voy a emprender un viaje y pensé que acaso te gustaría acompañarme.

—¿Sí?

—A Marte —dijo John.

—¡A Marte! —exclamó James pegando un brinco de sorpresa —. John ¿te has vuelto loco?

—¿Por qué me dices eso? —quiso saber el gigante frunciendo el ceño.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó James echándose las manos a la cabeza —. ¿Es que Marte está a la vuelta de la esquina? ¿Cómo vas a llegar allí?

—Pues con mi aeronave, claro está. Ven, está aquí, en la playa al pie del acantilado.

El gigante hizo un ademán para que le siguiera, aunque James no acertó a moverse en el primer instante. John había salido ya cuando el doctor se volvió hacia Verónica llevándose el índice a la sien y moviendo la mano como si atornillara un tornillo.

—No —dijo la chica riendo —. No está loco. Es verdad que se ha hecho construir una aeronave en los astilleros de Norfolk.

—Pero... —balbució James.

—Hemos venido volando en ella desde Virginia. Está aquí. ¿No quieres verla?

James movió lentamente la cabeza y, todavía hecho un lío, salió por la puerta y rodeó la casa para acercarse al acantilado donde le esperaba John.

—Mira —dijo el gigante extendiendo su enorme brazo, largo como una viga.

James Main miró abajo y sintió que los oídos le zumbaban.

Era cierto, allí estaba la aeronave, al pie del acantilado, medio sumergida en el mar. Era grande, plateada, reluciente...

James lanzó una ronca exclamación de sorpresa.

La aeronave, tal como James la veía desde arriba del acantilado, semejaba una boya gigantesca alzada sobre tres esqueléticas patas de acero que la sostenían casi por entero fuera del agua. Cuatro grandes depósitos en forma de botella parecían adosadas a la parte exterior de la boya, y en uno de los costados se veía una escalerilla metálica que al parecer servía para facilitar el acceso al aparato por medio de una gran escotilla abierta en su tapa superior.

Mientras James estaba contemplando absorto el artefacto bajo la claridad de la luna, Verónica Hillman vino despacio y fue a situarse a su izquierda.

—John —dijo James con voz ronca —. ¿Quieres hacerme creer que ESO puede volar hasta Marte? —Así lo espero —repuso el gigante solemnemente.

— ¡Pero si no se ha construido todavía un motor que sea capaz de llevar a un hombre hasta Marte! John se echó a reír. Se rió por lo bajo y dijo: —Claro que todavía no se ha construido ese motor, James. Por eso he desistido de ponerle motor alguno a mi aeronave.

— ¿Cómo? —Yo soy el motor de mi propio aparato.

—¡Ohhh! —exclamó James desolado —. Ahora lo comprendo todo. Quieres hacer de ese chisme una alfombra mágica como la que usáis en vuestro espectáculo para llevar a Verónica.

—Poco más o menos así es.

—¡Pero es que tú no puedes sacar ese armatoste fuera de la atracción de la Tierra y llevarlo hasta Marte, John! No es lo mismo.

—Pues debería ser más sencillo —contestó el gigante imperturbablemente —. Según datos científicos, la fuerza de gravedad es tanto más intensa cuando más nos aproximamos al centro de la Tierra. Por lo tanto, si puedo levantar mi aeronave a mil metros de altura, habré realiza o un esfuerzo mucho más poderoso que si a partir de los quince mil metros llevo mi aeronave fuera de la zona de atracción de la Tierra. ¿No es así?

James Main se rascó perplejo el cogote.

—¿Pero tú has probado a llevar ese armatoste a quince mil metros de altura? —preguntó.

—Creo que rebasamos con mucho esa altura mientras volábamos de Norfolk a Boston. ¿No es así, Verónica?

Verónica asintió con mudo movimiento de cabeza. James soltó un resoplido.

—Muy bien —dijo exasperado —. Me demostraréis que eso es verdad. ¿De modo que a Marte, eh? Perfectamente ¿cuándo salimos?

—Te advierto que lo del viaje va completamente en serio, James.

—Sí, claro, completamente en serio —dijo James, aunque en realidad no creía a John capaz de semejante hazaña.

—También debo preveniros contra un posible riesgo de no regresar jamás a la Tierra. Quiero decir que si mi tío sigue gobernando en Marte, pudiera ocurrir que me mandase ejecutar y se os retuviese prisioneros.

—Por Dios, John —protestó James irónico —. ¿Qué representa todo eso comparado a la emoción de viajar por el espacio hasta un planeta que nos es del todo desconocido? Los Estados Unidos están gastando millones experimentando cohetes con la esperanza de cubrir una etapa más modesta, sólo un viaje hasta la Luna. Miles de personas de todo el mundo pagarían su peso en oro por un pasaje en la primera astronave que viaje hasta Marte... ¡y a nosotros no va a costamos nada! ¿Quién renunciaría por un peligro remoto a un crucero interestelar como el que tú nos brindas?

El gigante dijo mirando a su amigo con el ceño fruncido:

—Me parece que te tomas muy a la ligera la aventura, James. De todos modos, estoy dispuesto a llevaros a Verónica y a ti. Partiremos al amanecer, o sea que todavía tienes tiempo para despedirte de tu familia.

—Tengo las maletas hechas desde esta tarde para regresar a Boston. Diré a papá y mamá que he decidido marcharme ahora mismo, pero no les diré que vaya a pasar mis vacaciones en Marte. Sería muy largo de explicar. Y seguramente se asustarían.

—Mejor si les ocultas el destino de nuestro viaje —admitió John Fremont —. Si todo va bien, estaremos de regreso en un par de semanas.

"Dentro de un par de semanas" —iba rezongando James Main para sí mientras bajaba por el sendero del acantilado de vuelta a Bergesville. Y meneando la cabeza agregó: "¡OPTIMISTA!"

Hacia la media noche James Main dejaba su flamante automóvil con las maletas en un garaje de Portland. Pagó un mes de aparcamiento por adelantado, abandonó el garaje y tomó un taxi para que le condujera de nuevo a Bergesville.

A las cuatro de la mañana, James se apeaba del taxi en las afueras del pueblo, y con las primeras luces del alba sobre su cabeza, daba un rodeo por detrás de la fábrica de conservas y ganaba el sendero del acantilado sin ser visto por nadie.

Encontró a John Fremont y a Verónica esperándole. James, que se tomaba a chacota todo lo relativo al fantástico viaje que se proponían emprender, dejó escapar un largo silbido de asombro a la vista de la

indumentaria de sus amigos.

Tanto el gigante como la chica vestían trajes de una sola pieza de una tela plástica impermeable, los cuales estaban interiormente acolchados y los hacía parecer algo más voluminosos. Gruesos guantes y zapatos formados del mismo traje completaban el equipo, además de un par de botellas de oxígeno que • cada uno llevaba adosados a su espalda.

En el suelo estaban las correspondientes escafandras de acero con frente de cristal transparente azulado.

—¿Es preciso ponerse estos disfraces para ir a Marte? —interrogó James después de observarles divertido.

—No es absolutamente preciso, aunque sí muy conveniente —dijo el gigante señalando otro lío de ropas que había sobre una mesa —. La aeronave es absolutamente estanca y está climatizada. El peligro consiste en un choque casual con cualquier meteorito. Aun siendo muy pequeños, esos meteoritos pueden agujerear nuestra aeronave como balas de cañón, con lo que el aire de nuestra cabina escaparía al vacío cósmico produciéndonos la muerte por descompresión rápida y asfixia. Todo eso es lo que intentamos evitar llevando puestos estos trajes.

James se quitó la chaqueta y se endosó el traje de plástico sobre sus ropas. John le colgó las botellas de oxígeno a la espalda y Verónica le tendió la escafandra.

Salieron de la casa y tomaron por el abrupto sendero que un poco lejos conducía hasta la playa. La aeronave resultó ser de cerca bastante más grande de lo que parecía desde lo alto del acantilado. Tenía que ser así, ya que John era un gigante de casi cuatro metros de, estatura, y además llevaba otros dos pasajeros.

Con agua hasta el pecho llegaron hasta la aeronave y la escalerilla metálica adosada a su costado. John trepó el primero alcanzando la escotilla superior por la que se descolgó hasta el interior del cilindro.

El hueco interior no ocupaba todo el cilindro, pero aun así era suficiente espacioso para que James pudiese sostenerse de pie sin alcanzar el techo con la cabeza. Este techo, así como el piso y las paredes del cilindro, estaban acolchados. James vio un asiento bajo para John en el centro, y otros dos más pequeños a cada lado. Detrás de los asientos estaba la despensa, con puertas exteriormente acolchadas. John, que era el único que alcanzaba la escotilla desde dentro, tiró de la manija hasta que la tapa se acopló al racort de caucho, la hizo girar y aseguró una tapa secundaria que estaba igualmente acolchada del lado exterior.

El gigante fue a ocupar su asiento central. No había nada de particular en aquel asiento, salvo que la parte de los brazos donde se apoyaban las manos de John era metálica y no estaba forrada como el resto.

—El otoño pasado no fuiste capaz de elevar aquella cama cargada de muebles —recordó James mientras se dejaba caer en su asiento a la izquierda del gigante —. ¿Cómo esperas empujar hasta Marte este artefacto, mucho más

pesado?

—Después del fracaso de aquella prueba comprobé algo que había sospechado antes. Hay algo eléctrico y magnético en este fenómeno que todavía no entendemos, posiblemente emparentado con los campos de fuerza que existen alrededor de la Tierra y todos los cuerpos celestes. Experimenté en primer lugar que me era mucho más fácil levantar un cuerpo metálico más pesado y a mayor altura, que otro objeto de madera aunque fuese más ligero. También comprobé que mi cuerpo era una especie de acumulador de electricidad, que podía soportar descargas eléctricas muy fuertes, y que después de haberme sometido a una de esas descargas se duplicaba o cuadruplicaba mi capacidad para levantar pesos.

—¡Oh, magnífico! —exclamó James —. Espero que antes de comenzar este experimento te habrás saturado bien de electricidad.

—En efecto, llevamos una buena provisión de electricidad bajo el piso, en un compartimiento lleno de acumuladores —contestó el gigante señalando los brazos de su sillón —. En los momentos críticos en que se exija un esfuerzo mental más intenso, una corriente eléctrica estará pasando continuamente a través de mi cuerpo desde los brazos de este sillón.

El gigante mostró a continuación las palmas de las manos. En los guantes que cubrían sus manos, James apreció un botón metálico, al parecer destinado a establecer un contacto directo entre su carne y los brazos metálicos del sillón conectados a los acumuladores.

John se acomodó en su sillón, puso sus manos abiertas sobre los brazos del asiento y se aferró al metal con sus fuertes dedos.

—Ahora, por favor, sentaos y estaos quietos —dijo cerrando los ojos.

James y Verónica cruzaron una mirada. Luego se acomodaron en sus respectivos sillones y esperaron.

Aunque hasta entonces había tomado a chacota el pretendido viaje interestelar, James Main sintióse embargado de intensa ansiedad en el silencio que siguió a la orden de su amigo. Fantástico era en verdad el viaje que iban a intentar, pero aún más fantástica era la misteriosa capacidad del gigante para sustraer objetos de la fuerza de atracción de la Tierra.

James se dijo que si su amigo conseguía elevar aquel vehículo más allá de la zona de atracción de la Tierra, se reconocería un miserable ignorante y ya en adelante dudaría de cualquier cosa, por irreal e imposible que pareciera.

En este momento James sintió que el piso se movía bajo él. ¡El cilindro se elevaba!

Un extraño terror se apoderó de James Main. No era miedo a los peligros de un viaje interestelar lo que sentía, sino un temor distinto que nacía en su propio ser y le atenazaba el corazón, el respeto temeroso que la criatura humana había experimentado desde los comienzos del mundo ante lo sobrenatural y desconocido, por todo aquello que no podía comprender, para lo que no hallaba una respuesta satisfactoria.

Durante un tiempo que a James le pareció muy largo, el silencio más absoluto reinó en el interior acolchado del cilindro. La falta aparente de todo movimiento, la ausencia de puntos de referencia que indicaran cualquier progreso en el desplazamiento del artefacto, acabaron por tranquilizar al joven doctor.

Entonces empezó a sentir curiosidad.

Verónica pasaba por los mismos trances que su primo. Conocía mejor el artefacto y sabía que a su derecha, en la pared del cilindro, había una pequeña ventana circular con un vidrio de extraordinario grosor.

El ventano estaba disimulado por una contraventana guatada. La chica alargó la mano y abrió la contraventana. Miró afuera.

James, picado en la curiosidad, más intrigado todavía por la falta de movimiento y expresión en el rostro de su prima, miró a su izquierda por si en aquel lado existía otro ventanillo igual.

Y existía.

James se incorporó ligeramente y abrió la contraventana acolchada. Estiró el cuello y...

Lo que vió le hizo sentir un estremecimiento de frío a lo largo de la columna vertebral. Estaban en el espacio, a gran altura. Muy profundo, bajo sus pies, podía distinguir el contorno de la costa tal como estaba acostumbrado a identificarlo en los mapas. Y más lejos, el horizonte mostraba su pronunciada curvatura.

James comprobó con asombro que podía distinguir la mayor parte de la costa del Atlántico y todos los grandes lagos.

Habían alcanzado una altura extraordinaria. El cielo era negro a su alrededor y en él brillaban con igual fuerza las estrellas, la Luna y el sol.

Estaban en pleno espacio.

.

CAPITULO V.

.

Halasz, pues éste era el verdadero nombre de John Fremont por su origen marciano, volvía a ocupar su gran sillón, y de nuevo con la fuerza antimagnética de su poderoso cerebro, frenaba la velocidad de caída del cilindro hacia la roja, la árida superficie de Marte.

Desde uno de los ventanillos, James Main podía ver a través del cristal un banco de blancos cirrus flotando en la tenue atmósfera del planeta. Más lejos, grandes nubes de polvo rojizo eran arrastradas por el viento sobre la inmensidad yerma del desierto marciano. Ni mares, ni montañas. Sólo allá abajo la línea delgada de un canal, y en el canal el reflejo mortecino de las aguas estancadas brillando al sol de la tarde.

He aquí Marte.

El doctor apartó el rostro del cristal para volverse hacia su amigo con un comentario a flor de lengua. Pero recordó a tiempo que bajo ningún pretexto debía distraerle, y volvió a plegar los labios regresando a su

observatorio tras el cristal.

El cilindro seguía bajando despacio, sostenido por la fuerza titánica e invisible del pensamiento de Halasz. Descendía hacia el banco de nubes, y pronto se metió en ellas.

El pensamiento de James voló a la Tierra y se regocijó en una • idea. Verdaderamente, había algo irónico en el hecho de que los americanos estuviesen gastando millones de dólares probando cohetes espaciales, haciéndolos elevar a un gran costo con el empuje brutal de ruidosos combustibles, mientras que un solo hombre, John Fremont, sin más gasto que el de construir una especie de cesto aprovisionado de oxígeno, acababa de realizar lo que todavía, era un sueño quimérico en la imaginación de millares de científicos en toda la Tierra: llevar un artefacto tripulado por hombres hasta la superficie de Marte.

La aeronave acababa de atravesar el banco de nubes y Verónica exclamó en este instante:

—¡Veo algo allá abajo!

James aguzó la vista, aunque sin ver nada por aquel lado. Rápidamente se corrió hacia la derecha y estiró el cuello por detrás de la muchacha para ver lo mismo que ésta veía.

Como si millares de fragmentos de cristal se hubiesen sembrado en una gran superficie, los astronautas vieron un intenso reverbero de destellos enceguecedores, producidos por el reflejo del sol en muchos espejos dirigidos hacia ellos.

Los dos terrícolas guardaron silencio, sin acertar a explicarse lo que podría ser aquello.

Mas tarde, al seguir descendiendo el cilindro, los destellos fueron apagándose uno tras otro. En su lugar, los astronautas —vieron una extensa mancha de color pardo al final de un ancho y rectilíneo canal, y como surgiendo de esta mancha de vegetación, una masa de edificaciones cuyo airoso perfil se recortaba contra el sol que estaba cayendo tras el horizonte.

—¡Una ciudad!

La exclamación salió irreprimiblemente de los labios de Verónica y enseguida el cilindro inició una rápida caída hacia el suelo.

James se volvió alarmado hacia su amigo. Le vio apretar los dientes y observó la crispación de sus grandes manos sobre los brazos del sillón, haciendo un poderoso esfuerzo para sostener todavía el cilindro antes que éste fuera a estrellarse contra el suelo.

El artefacto siguió cayendo, pero John al menos debió conseguir que no aumentara el movimiento acelerado de su caída.

—¡Nos vamos a estrellar! —gritó Verónica observando la rapidez con que el suelo parecía subir a su encuentro a través del ventanillo.

James la cogió por la cintura y la empujó al sillón.

El cilindro tocó en este momento en tierra con violencia. Aunque las patas estaban provistas de muelles amortiguadores, el golpe fue tremendo y

lanzó a los tripulantes rodando en confuso montón unos encima de otros. Las patas metálicas del artefacto se quebraron, todo el cilindro cayó de lado y rodó varios metros por una ladera arenosa hasta que finalmente se detuvo y quedó inmóvil.

Dentro del cilindro, James Main empujó a la chica que estaba encima de él y estiró la cabeza por debajo del enorme brazo de John preguntando:

—¿Estáis todos con vida?

Verónica dejó oír un gemido. El gigante refunfuñó:

—Os advertí que no debías distraerme bajo ningún pretexto, Verónica. Ya podemos dar gracias a Dios que la fuerza de gravedad es aquí en Marte muy inferior a la de la Tierra. Cuando gritaste una ciudad sentí que el control de la nave escapaba de mis manos y ya no podía sostenerla más. Me sentía muy cansado.

El gigante, en efecto, llevaba varias horas sometido a la fuerte tensión de frenar la velocidad que el artefacto había adquirido en la última mitad del viaje. Hacía sólo seis días que salieron de la Tierra y durante aquel tiempo, con algunos intervalos de descanso, John había seguido dando impulso a su extraña aeronave, de tal suerte que al aproximarse a Marte llevaban una velocidad considerable, la que había de requerir un esfuerzo también considerable de parte de John para ser anulada.

Mientras John alcanzaba a gatas la escotilla de escape, James tomaba entre sus manos la cabeza de Verónica y le apreciaba una contusión a la altura de la sien.

—Debí darme en la frente con una de esas malditas escafandras —dijo Verónica señalando las que estaban desparramadas por el fondo del cilindro.

—No es nada de importancia. Nadie se muere por un chichón —dijo James soltándole la cabeza.

—Colocaos las escafandras —dijo John —. Voy a abrir la escotilla.

Al tomar su escafandra, James experimentó por primera vez la pérdida de peso característica de la débil fuerza de gravedad de Marte. James ayudó a su prima a ajustarse la escafandra, y luego Verónica le ayudó a él a colocarse la suya.

Ajustados los tubos del oxígeno, James dijo hablando por el micrófono que había en la parte baja delantera de su yelmo de acero y cristal:

—¿Es que no vas a ponerte tu escafandra, John? Según datos científicos, la atmósfera de Marte está tan rarificada como el aire en la cima de nuestro monte Everest.

—¿Soy un marciano, no es eso? —contestó John —. Aunque haya nacido en la Tierra, mis pulmones están configurados como los de los marcianos. Por consiguiente, el escaso oxígeno de la atmósfera de Marte debe ser suficiente para mi sangre.

—Esperemos que sea así —dijo James.

El gigante hizo girar la manija que aseguraba la escotilla y empujó la

pesada trapa de acero. Salió arrastrándose por el agujero. James le siguió, haciéndolo Verónica en último lugar.

John Fremont, por otro nombre Halasz, enderezó sus 3'65 metros de estatura aspirando profundamente el aire. Una broma típica de las que gastaban a John sus compañeros de escuela, ciertamente estúpida, consistía en preguntar: "¿Qué tal se respira por ahí arriba, John?"

James Main preguntó ahora:

—¿Qué tal se respira por ahí arriba, John?

—El aire es muy seco y muy frío —repuso el gigante —. Por lo demás, aunque tengo que aumentar el número de aspiraciones, se respira bastante bien. ¿Dónde está esa ciudad? —interrogó mirando a su alrededor.

—No se ve desde aquí —dijo James registrando el horizonte. Señaló hacia el cielo rojizo, por donde acababa de ocultarse el sol —. Pero debe estar en aquella dirección. El sol poniente la recortaba en silueta.

—Vamos. Está anocheciendo y empieza a dejarse sentir el frío. La oscilación térmica es muy importante entre el día y la noche aquí.

—No cabe duda de que estás empollado en climatología marciana.

—Naturalmente. Nunca había sentido curiosidad por los planetas hasta que Fremont me reveló que yo era marciano. A partir de entonces me sentí atraído por Marte y leí cuanto de este planeta se sabe en la Tierra.

Al echar a andar, los terrícolas volvieron a notar el fenómeno de la pérdida de peso, característica de las condiciones físicas de un planeta que era como tres veces más pequeño que la Tierra. James, que ahora se sentía contento como un niño a la salida de la escuela, hizo una prueba dando una carrera y brincando.

—¡Mirad, chicos, es estupendo! —exclamó jubiloso —. De pronto me he convertido en un atleta. Puedo dar saltos de diez metros de longitud, y hasta creo que podría levantar a John con una sola mano.

Debido también a la mayor curvatura del horizonte marciano, así como a la sutilidad de su atmósfera, estaba oscureciendo con mucha rapidez. Y a medida que aumentaba la oscuridad de la noche, se iba dejando sentir más el frío.

Probablemente todos estaban pensando en la conveniencia de volver al refugio del cilindro hasta que amaneciese, cuando el gigante extendió su brazo y señaló:

—Veo luces. Por allá. Esa debe ser la ciudad que vimos desde el aire.

John aumentó la longitud de sus zancadas y los dos terrícolas tuvieron asimismo que apresurar el paso para no quedarse atrás. Poco después, James y Verónica alcanzaban a ver las luces que su amigo había distinguido antes por su mayor altura, y unos minutos más tarde aquellas luces se definían como las pertenecientes a las ventanas iluminadas de varios edificios.

Mientras los viajeros iban hacia la ciudad, un pequeño globo que irradiaba una suave luz rojiza irrumpía con ímpetu por el horizonte y se lanzaba a escalar el espacio con prodigiosa rapidez.

James y Verónica se detuvieron sorprendidos. John se volvió y dijo:

—Es Phobos, el más próximo de los dos satélites de Marte. Es tan veloz que da dos vueltas completas al planeta en un solo día.

Los viajeros continuaron su camino. Poco después, sus pies dejaban de pisar la arena y hollaban algo blando como musgo. Más adelante se enredaron en unos arbustos y casi inmediatamente después los detuvo un alto muro a cuyo alrededor vieron enormes pedazos de vidrio chisporroteando medrosamente bajo la fantasmagórica luz de Phobos.

El muro, aunque sobrepasaba la altura de las cabezas de Verónica Hillman y James Main, no era tan alto como John.

El gigante miró por arriba del muro y dijo:

—Os pasaré al otro lado.

Poco después, el largo brazo de Halasz, actuando como una grúa, depositaba a James al otro lado de la tapia, justamente sobre un pedazo de vidrio de unos cien metros cuadrados que el doctor advirtió era ligeramente curvado.

Mientras esperaba a Verónica, James miró a lo largo del muro y apreció que éste era también ligeramente curvado. Más allá vio un cristal hincado al muro que se levantaba hasta quizás 30 metros de altura y se inclinaba ligeramente hacia dentro. Cuando poco después llegaron Virginia y John, el doctor dijo señalando el muro y el cristal:

—A lo que parece, antes había aquí una enorme cúpula de cristal que se cayó a pedazos. El gigante no hizo comentario alguno.

—Cuidado con esos vidrios —dijo solamente —. Cortan como cuchillos.

Los edificios estaban ya muy cerca. No había ninguno que fuera extraordinariamente alto, y en realidad todos pecaban más bien de bajos.

Los expedicionarios se detuvieron indecisos a la entrada de una calle. Incluso aquí, el suelo seguía sembrado de fragmentos de vidrio que había que ir rodeando huyendo de sus cortantes aristas. No había luz en la calle, y solamente en algunas ventanas se apreciaba un resplandor no demasiado intenso.

Todavía permanecían los viajeros allí indecisos, cuando un hombre salió por una puerta que arrojó sobre la calle un rectángulo de luz.

Era un tipo gigantesco arrebujado en un grueso abrigo de formas muy anchas, casi como un saco. Era sin duda un marciano, y por el ser el primero que veían los terrícolas quedaron paralizados y mudos.

El marciano iba a pasar por su lado cuando los miró y se detuvo.

Una voz gutural habló en una lengua familiar a los oídos de James. John Fremont hablaba algunas veces así de muchacho, sobre todo cuando rezongaba pensamientos en voz alta para sí mismo.

John Fremont contestó en la misma lengua y un diálogo vivo se entabló entre los dos gigantes. Algo que James y Verónica advirtieron del primer vistazo, fue que el hombre del saco le llevaba casi toda la cabeza a

John. También tenía un cráneo voluminoso que llevaba cubierto por un gorro con orejeras.

El frío debía ser muy intenso, aunque James y su prima no lo notaban dentro de sus trajes forrados impermeabilizados, calentados por su propio aliento.

—Venid —dijo de pronto John volviéndose hacia sus amigos.

El gigante del saco volvió atrás hacia la puerta que se había cerrado tras él. Los dos gigantes y los dos enanos terrícolas entraron en la casa.

Los papeles se habían trocado ahora y en la casa que entraron, Verónica Hillman y James Main se sintieron tan extraños como debía sentirse John Fremont allá en la Tierra ante puertas, muebles y objetos que resultaban inadecuados a su tamaño.

La falta aquí no era por espacio, sino por exceso de él. En el poco tiempo que emplearon para cruzar la puerta, los dos terrícolas se sintieron transportados a un mundo de asombro.

Tres hombres y dos mujeres, todos de talla gigantesca, estaban reunidos alrededor de una estufa. Sobre la mesa y en varios muebles chisporroteaban algunos pabilos sumergidos en vasijas conteniendo algún aceite mineral. Muebles, puertas, objetos y personas se correspondían en proporciones. Los gigantes no parecían gigantes rodeados de cosas hechas a su escala, pero los terrícolas se sintieron pigmeos.

— ¿Estamos seguros aquí, John? —interrogó James intranquilo.

—Creo que estamos entre amigos —contestó John El marciano del saco estaba hablando a sus amigos, al parecer presentando a John. Luego fue John quien tomó la palabra, hablando largo rato con solo algunas breves intervenciones de su interlocutor.

De nuevo el gigante del abrigo habló a sus compañeros. Luego tomó la puerta de la calle y salió.

Nadie parecía preocuparse de los enanos terrícolas. James volvió a preguntar:

—¿Estaremos seguros, entre esta gente, John? —Vinimos a caer entre amigos. Esta ciudad se llama Kabúsk y fue castigada recientemente por haberse pronunciado contra el régimen de mi tío Torem.

— ¿Así que tu tío sigue gobernando en este planeta?

—Ha conseguido mantenerse en el poder gracias a un régimen de terror, pero parece que su gobierno toca a su fin. El pueblo marciano, en general pacífico, siente que está alcanzando los límites de su paciencia. Las huelgas, que no se conocían en este planeta desde siglos, vuelven a azotar el país. Hay revueltas, atentados, persecuciones y muertes. Por haberse significado contra el gobierno de mi tío, esta ciudad con sus habitantes fue castigada a ver destruidas sus cúpulas protectoras de cristal contra las inclemencias del tiempo. No hay electricidad, y por consiguiente fallan la mayoría de sus servicios. La gente ha vuelto al alumbrado y a la calefacción primitivos por medio de lámparas de aceite y estufas improvisadas en las que

queman musgo cuando lo hay, y cuando no el mobiliario de sus casas. Luego, los alimentos están racionados a la mínima porción indispensable para que la gente no muera de hambre.

Verónica Hillman comentó:

—Bien mirado, Marte no se diferencia mucho de la Tierra. ¡Y yo que esperaba encontrar un mundo donde se habrían corregido y enmendado todas las faltas y defectos del nuestro!

Una de las mujeres habló a John y éste distrajo su atención por el momento. James estudió críticamente a las dos mujeres —gigantes. Ninguna era realmente fea, aunque no pudiera decirse que fuesen precisamente bonitas. La que estaba hablando con John tenía unos bonitos ojos azules, así como una mata de pelo ceniciento más abundante de lo que al parecer era común a los hombres.

Todos, hombres y mujeres, vestían un a modo de "monos" holgados de una sola pieza de discretos colores azules, verdes y amarillos.

John se volvió a sus amigos.

—Nuestra amiga Fliyka os invita a descansar hasta mañana. Dice que podéis quitaros las escafandras. Tienen algunos terrícolas en la ciudad y todos se las arreglan bien respirando a pleno pulmón. Si en algún momento sentís desvanecimiento será a causa de la atmósfera rarificada, y la mejor medicina para esos casos serán unas bocanadas de oxígeno puro de vuestras mascarillas.

James consultó a su prima con los ojos y luego dijo:

—Bueno. Por mi parte me siento bastante cansado. Aceptaré cualquier cosa donde pueda echarme y dormir unas horas.

La mujer que respondía por el nombre de Fliyka les indicó por señas que le siguieran.

*****

James Main durmió toda la noche de un tirón y al despertar encontró que John dormía a su lado en una enorme cama contigua. Se escuchaban voces detrás de la puerta que cerraba el dormitorio, y algunas de estas voces hablaban en inglés.

James, que se había acostado vestido aunque sin la escafandra, saltó de la alta cama y fue a abrir la puerta.

La puerta daba sobre la espaciosa sala donde habían sido recibidos la noche anterior. La luz del sol entraba por una enorme ventana. En la sala se encontraban Verónica y un par de hombres de estatura normal; es decir, de talla igual a la del propio James o quizás un poco más altos.

Al abrir James la puerta los dos hombres se volvieron a mirarle con marcada curiosidad. Verónica sonrió a James y dijo:

—Ven a conocer a estos amigos, James. Son el señor Sonden y el señor Dooley.

—¿Americanos? —interrogó James con sorpresa al estrechar la mano de los terrícolas.

Uno de ellos, el que se llamaba Dooley, era un apuesto muchacho

rubio y se echó a reír.

—Nuestros abuelos eran norteamericanos. Bill Sonden y yo hemos nacido en Marte, lo mismo que nuestros padres.

—¡Caramba! —exclamó James —. ¿Hay muchos terrícolas en esas condiciones por aquí?

—Tenemos una colonia terrestre bastante numerosa —aseguró Bill Sonden —. Y entre ella hay bastantes que pueden alegar títulos de antigüedad muy anteriores a los nuestros. Sin apenas excepción, los que por origen procedemos de la Tierra, aunque se trate de un origen remoto, hemos conservado nuestra propia lengua y algunas de nuestras viejas costumbres. Como todos hablamos además la lengua nacional de Marte, todos podemos entendernos perfectamente.

—Nuestra amiga Fliyka nos rogó que viniéramos a acompañarles, a fin de que no se sintieran extraños aquí en Marte —dijo Dooley. Miró a Verónica aprobadoramente y agregó —: Tendremos mucho gusto en servirles de guías o intérpretes si quieren salir a ver la ciudad.

—¿Pero es que hay mucho que ver en realidad?

—No, no es mucho ciertamente —contestó Sonden moviendo tristemente la cabeza —. Los esbirros del archiduque Torem vinieron por aquí hace unos días y destruyeron todo aquello de que más se enorgullecía la ciudad.

Los dos hombres guardaron silencio. Luego Sonden dijo animado:

—Pero vengan y almorzarán con nosotros. No es que andemos muy sobrados de raciones, pero algo tendrá escondido mi mujer en algún rincón de la despensa. Avisaré a Fliyka que van a salir con nosotros.

Tal como iban vestidos, todavía con sus trajes de astronautas, aunque sin escafandra, Verónica y James siguieron a sus nuevos amigos hasta la calle. Lucía el sol con fuerza y bajo sus rayos los terrícolas sintieron más bien calor.

La calle seguía obstruida por los enormes pedazos de vidrio y James inquirió:

—¿Por qué no apartan estos vidrios tan peligrosos lejos de aquí?

—¡Oh, no! —exclamó Dooley —. Estamos en plena huelga de brazos caídos. El gobierno nos echó abajo las cúpulas, destruyó la fábrica de electricidad y el sistema de acondicionamiento de agua potable. Nosotros contestamos con la huelga que llamamos de "cuerpos sentados".

—¿Y en qué consiste esa modalidad de huelga, por si vale la pena importarla a los Estados Unidos? —interrogó James con ironía.

—Pues sencillamente en eso. Cruzamos los brazos, nos sentamos, y esperamos.

—¿Qué es lo que esperan?

—Nada en realidad. Nos sentamos y no hacemos nada. Si el gobierno quiere evitar que nos muramos de hambre, él tendrá que aprovisionarnos de alimentos. La ciudad está firmemente decidida a no reparar ni uno solo de los destrozos que injustamente nos causaron.

—¿Y si su gobierno se encoge de hombros y no les aprovisiona de alimentos? ¿Se dejarán morir de hambre?

—Puede que lo hagamos. Como último recurso abandonaremos la ciudad y marcharemos en busca de refugio a la capital. Y si nos echan de la capital, entonces sí nos dejaremos morir de hambre y de frío en las afueras de la ciudad, donde todos puedan vernos y el archiduque también a través de sus cúpulas de cristal.

La casa de Sonden estaba al final de la calle junto con otras de dimensiones más modestas que los edificios habitados por los gigantes. Según Dooley explicó, éste era el barrio "extranjero".

La esposa de Sonden era otra americano —marciana y la casa resultó ser completamente normal. Aquí, "normal" significaba que era de las medidas correctas y estaba amoblada con muebles apropiados a la estatura media del hombre de la Tierra.

Los dos terrícolas sintieron al entrar en aquella casa que acababan de salir de un mundo de pesadilla para regresar a su propio mundo.

Tan animados se sintieron Verónica y su primo, que hablaron y hablaron durante el almuerzo, y sólo al final se dieron cuenta que estaban contestando a un prolijo cuestionario de preguntas encaminadas a establecer la auténtica identidad de John Fremont, por otro nombre Halasz.

Al caer en la cuenta del interrogatorio que estaban siendo objeto, James dijo molesto:

—Para ser ustedes de origen terrestre y americano, no parecen interesarse tanto por las cuestiones de Norteamérica y el mundo en general como por la infancia y la juventud de John.

—No lo tomen a mal —repuso Sonden disculpándose —. Estamos al corriente de cuanto ocurre en la Tierra, pero ésta es la primera vez que tenemos noticias de la existencia de un príncipe marciano en nuestro viejo mundo. Ese muchacho, John Fremont, acaba de llegar diciendo llamarse Halasz y ser hijo de nuestro desaparecido rey Halasz. La llegada de su amigo puede ser providencial para Marte... si es cierto que es hijo del rey de los marcianos.

—Tiene que serlo —afirmó James acaloradamente —. El viejo Fremont lo atestiguó en su lecho de muerte. De otra forma, si los padres de John no fueron los auténticos reyes de Marte, ¿qué razón pudo impulsarles a expatriarse de Marte para venir a morir en la soledad y el anonimato en una ignorada gruta de la Tierra?

—Si la historia de los padres de John es cierta, entonces probablemente es cierto también que se llama Halasz. Esto era lo que Fliyka y su padre y sus amigos nos pidieron que comprobáramos en ustedes.

—¿Entonces, esta invitación a almorzar con ustedes, no perseguía otro fin que sometернos a un minucioso interrogatorio?

—Por favor, no lo consideren así. Cierto que teníamos esta obligación que cumplir. Pero por otro lado nos sentimos muy honrados de tenerles a

nuestra mesa y considerarnos sus amigos.

—Muy bien —dijo James ofendido —. Ahora que ya saben lo que querían ¿cómo van a utilizar todo lo que han averiguado?

—Seguramente restaurando la antigua monarquía y elevando a John al trono de Marte. Los marcianos son gente pacífica que ha perdido el hábito de luchar. En el estado de confusión en que viven, lo único capaz de ponerles de acuerdo y aunar sus esfuerzos será la convicción de que todavía existe la ininterrumpida cadena de sus gloriosos reyes en ese perdido eslabón que acaba de reaparecer llegando de la Tierra.

—Se refiere a John, naturalmente —dijo James —. ¿Pero es tan importante que el rey sea John o cualquier otro? ¿No es el archiduque hermano del desaparecido rey Halasz?

—No se trata solamente de respetar escrupulosamente la ley de la herencia. Torem también desciende de reyes y pudo haber reinado sobre los marcianos en circunstancias normales. Pero Torem no llegó al gobierno por conducto reglamentario, sino imponiéndose a la fuerza. Nada odia tanto el marciano como el uso de la violencia. Luego, Marte es un planeta demasiado viejo y exhausto para permitirse el lujo de sostener una corte fastuosa. El ejemplo de toda austeridad siempre lo ha dado aquí en Marte el propio Rey, por lo que nadie ha envidiado jamás la suerte del hombre sobre quien recae el peso del gobierno. Pero contrariamente a lo que es tradicional, Torren ha restaurado una monarquía al uso antiguo, rodeándose de lujos y comodidades y haciendo extensiva la posición privilegiada a todos los que le ayudan y secundan. Como quiera que ese fausto corra a expensas de las privaciones de la nación, ésa es la razón por lo que el régimen de Torem es tan odiado y execrado de todos los marcianos.

—Ustedes aseguran que el marciano es por temperamento pacífico y detesta la violencia —observó James —. ¿Abandonarán al menos una vez ese hábito para apoyar a John y llevarle hasta el trono, aunque sea apelando a la fuerza? ¿Estarían, por ejemplo, dispuestos a llegar a una guerra civil?

—Yo no creo, ni nadie cree en Marte que vaya a haber una guerra civil. En una guerra civil intervienen disparidad de opiniones apoyadas por fuerzas que son aproximadamente iguales. Eso no ocurre aquí. Todos están de acuerdo en que Torem debe ser expulsado del trono, en que debe disolverse su gobierno de granujas y hay que castigar a los culpables. No será propiamente una guerra civil, sino una lucha entre la nación que reclama sus derechos y el gobierno que los detenta injustamente.

—Pero habrá guerra de todos modos.

—¿Qué duda cabe? El temor a esa guerra es lo que ha mantenido paralizados a los marcianos hasta hoy. Pero al fin, el pueblo marciano habrá de convenir que no podrá haber una paz soportable si antes no se gana con una guerra. Ese es el dilema que se les presenta a los marcianos, y espero que sepan resolverlo por sí mismos.

.

CAPITULO VI.

.

Halasz, pues habría de llamarse en adelante a John Fremont, escuchó asombrado el relato de la conversación que el doctor Main sostuvo con Bill Sonden.

—Evidentemente —dijo Halasz —el nacimiento de una persona no puede determinar la forma de su pensamiento. Sonden, aunque nacido marciano, razona como un terrícola.

—Muy bien —repuso James picado en su amor propio de terrícola —. ¿Cómo ve vuestra competencia entre tú y tu tío, tu mentalidad marciana?

—Para el marciano, toda violencia es repugnante en cualquiera de sus manifestaciones. No habrá guerra civil en Marte, tal como Sonden prevé. El hecho de que mi tío ejerza el poder por la fuerza, no es suficiente pretexto para que yo, a mi vez, lo aparte también por la fuerza.

—¿De modo que eso es lo que piensas? —exclamó James —. Entonces, amigo marciano, sólo te diré que eres un ingenuo. Y tus paisanos son otros ingenuos también. Además, no me demuestras que la idea de toda violencia sea íntegramente repulsiva al pueblo de Marte. Tu tío y sus secuaces son marcianos. Sin embargo no consideran la violencia en sí como un pecado del que hay que prescindir para la consecución de sus fines.

—En un planeta de ochocientos millones de habitantes, forzosamente ha de haber al menos un hombre entre un millón que al nacer aporte a la sociedad una mentalidad desviada. Todos los marcianos han sido educados en los mismos preceptos. El sentido de la honradez, de la equidad y la justicia, ha ido sedimentando en la mentalidad de los marcianos hasta convertirse en una forma de ser innata. El marciano nace sabiendo distinguir el bien y el mal, como un niño cualquiera nace sabiendo distinguir lo dulce de lo amargo. Es algo que lleva dentro de sí mismo y perdura en él hasta la muerte. Cuando en Marte nace un niño malo, se le considera mentalmente deficiente y se le vigila y reeduca como en la Tierra hacéis con los niños que muestran innata afición a robar. A veces, aunque es raro ese caso, ocurre que el marciano honrado se desvía del buen camino seducido por lo fácil que aquí resulta medrar a expensas de la buena fe pública. Pero en una nación como Marte hay muy pocas ocasiones para que nadie pueda explotar en su provecho el trabajo de los demás. Hay excepciones y ése fue el caso de mi tío el archiduque Torem. Mi tío, por su nacimiento, podía aspirar al trono. Como era mentalmente anormal, él no veía en el trono un puesto de responsabilidad, de gran trabajo y constante sacrificio en aras del bien de sus súbditos. Vio solamente que desde el trono podría hacer las cosas a su antojo, mandar a su albedrío y hacerse obedecer. Naturalmente, hacerse obedecer por la fuerza, lo cual habría resultado inconcebible para otro marciano mentalmente sano. Y eso fue lo que hizo. Y lo pudo hacer porque supo rodearse de hombres igualmente seducidos por la ambición, y porque la víctima iba a ser una nación educada en el respeto a su Rey, a quien repugnaba instintivamente todo acto de violencia y

por no recurrir a esa misma violencia soportaría la iniquidad y la injusticia con resignación y con paciencia que ni tú, ni Sonden aun habiendo nacido en Marte, seríais jamás capaces de comprender.

—Muy bien, no lo comprendo —admitió James exasperado —. Pero admitiendo que haya seres tan cachazudos como vosotros los marcianos, ¿cómo te las arreglarás para derrocar a tu tío sin recurrir a la violencia?

—En proporción a los habitantes de Marte, los secuaces de mi tío constituyen un número bastante reducido.

—Aunque estuviera tu tío solo. ¿Como lo sacarías de su trono sin propinarle siquiera un empujón?

Halasz guardó silencio unos minutos. Luego miró a James y sus ojos relampaguearon.

—Podría hacerle salir de un trono sin tocarle — aseguró.

—¿Como?

—Puedo levantar cosas con la sola acción de mi pensamiento ¿no es cierto?

—Bueno, sí —reconoció James malhumorado —. Aunque analizando la cuestión, sería muy discutible que no pudiera aplicarse también a ese acto la denominación que tratas de rehuir. ¿Que diferencia existe entre empujar a Torem con un bastón o con la acción del pensamiento?

—Hay una diferencia y no vas a tardar en verlo —prometió Halasz.

A James, en general, los marcianos le resultaban unos tipos simpáticos, y Marte un país lleno de originalidades y facetas pintorescas, no desagradable, aunque frío y seco, sin la multiplicidad de paisajes de cualquier rincón de la Tierra. Más con esto y todo, James empezaba a considerar demasiado larga su estancia en el planeta.

—Nuestro amigo John va a meterse en jaleos políticos —comentó James con su prima —. Me pregunto qué será de nosotros si el archiduque pilla a nuestro héroe y lo ejecuta o lo manda encarcelar. ¿Te gustaría quedarte en Marte para siempre?

—No, seguro que no —contestó Verónica sin vacilar.

Llevaban cinco días en Marte y pasaron otros tres sin apenas ver a Halasz. Este venía desplegando una actividad muy intensa, tan pronto ausentándose de la ciudad para visitar otras ciudades, tan pronto recibiendo comisiones con las que sostenía largas entrevistas.

James veía con recelo que su estancia en Marte iba a prolongarse indefinidamente, mientras que allá en la Tierra sus padres acabarían por descubrir su ausencia y se alarmarían al no hallar rastro de su paradero. También pensaba que Halasz demoraba demasiado cualquier acción que pensara tomar, con riesgo de que Torem se enterara de su presencia en Marte y enviara fuerzas de policía en su busca.

Una tarde en que la actividad de Halasz había sido particularmente intensa, éste fue en busca de sus amigos y les notificó:

—Mañana vamos a emprender la marcha sobre la capital. Podéis

quedaros aquí en compañía de vuestros amigos, aunque el resto de la ciudad formará parte de la concentración.

—Escucha, amiguito —dijo James incomodado —.

Si tú vas a correr algún riesgo en la acción que vais a emprender, cualquiera que ésta sea, nosotros iremos contigo. No se trata solamente de darte protección, sino de defender nuestro pasaje de regreso a la Tierra. Marte será muy bueno para los marcianos, pero a Verónica y a mí nos gusta más nuestra tierra. Halasz no se opuso a este deseo de sus amigos y al amanecer del día siguiente Verónica y James se sumaron a la concentración que iba a iniciar la marcha sobre la ciudad.

La característica más notable de las ciudades marcianas era su falta absoluta de tráfico callejero, su silencio, la pureza de su atmósfera limpia de polvo, de tufos y de humo.

El automóvil, que arrebata a los habitantes de la Tierra, era un objeto desconocido en Marte. Como que cada marciano podía a voluntad elevarse en la sutil atmósfera de su planeta y volar de una parte a otra como un pájaro sin alas, era obvio que nadie iba a gastar esfuerzo en fabricar inútiles medios de transporte tales como automóviles o helicópteros.

Cualquier marciano adulto, a menos que se hallase privado por alguna indisposición, era capaz de elevar su propio peso y trasladarlo hasta un millar de kilómetros de distancia sin más gasto que hacer trabajar su voluntad y su cerebro.

En la práctica, sin embargo, rara vez el marciano se exponía a las inclemencias del clima fuera de la cúpula de su ciudad sin más defensa que un traje "de vuelo". Lo corriente era que toda familia poseyese por lo menos una "nave", la cual solían dejar en la azotea de la casa como un americano aparcaría su coche ante su vivienda, lista para utilizar en cualquier momento.

Estas naves, que naturalmente carecían de motor, eran consideradas como objeto de exhibición, habiéndolas de diversidad de tamaños y de tan caprichosas formas como podía concebir su constructor.

De materiales ligeros y muy resistentes, generalmente de titanio o una aleación de metales, estas barquillas protegían a sus tripulantes contra el frío, los ardores del sol, el hielo y las tempestades de polvo tan frecuentes en los desiertos del viejo y exhausto planeta. Casi todas ellas estaban atiborradas de detalles superfluos y muchas ostentaban refinamientos tales como luz eléctrica, cortinillas y asientos mullidos.

Las barquillas reemplazaban en Marte a los velocípedos de la Tierra y se parecían a éstos en una cosa. Ambos tenían que ser impulsados por el propio usuario, y exigían tanto más esfuerzo de éste cuanto más se les cargaba de detalles no indispensables.

La concentración que iba a marchar sobre la capital del reino estaba integrada de varios millares de estas curiosas navecillas, la mayoría de dos plazas, aunque las había también para cuatro tripulantes y hasta para llevar cargas mayores, estas últimas "accionadas" por cuatro y hasta seis hombres

que recibían como reminiscencia a tiempos muy antiguos el curioso nombre de "remeros".

Por lo regular, todos viajeros de una de estas extrañas naves colaboraban en el esfuerzo mental común para sostenerlas en el aire. En la aeronave que ocuparon Verónica Hillman y James Main, de cuatro asientos, Halasz y la señorita Fliyka iban juntos en el asiento delantero y hacían trabajar juntos sus cerebros para hacer flotar y obligar a desplazarse en sentido horizontal el aparato. James y su prima desempeñaban el papel de simples rémoras, viajando a expensas del esfuerzo mental de sus amigos.

Cuando todas las naves estuvieron flotando sobre la ciudad, Halasz y Fliyka dirigieron el rumbo de la suya hacia el Este y todas las demás siguieron detrás en vistosa y extraña procesión.

James y Verónica, silenciosos en el mullido asiento de atrás, se limitaban a admirar el paisaje a través de las ventanas.

Pronto vieron otra importante formación de naves voladoras que llegaba por la derecha. Luego volaron sobre una ciudad importante, donde otros millares de barquichuelos se sumaron a la concentración principal, y a medida que continuaban avanzando hacia oriente, nuevas formaciones aéreas se agregaban viniendo de la derecha o la izquierda.

Los terrícolas ignoraban los planes de Halasz. Este, desde que había llegado a Marte, parecía haberse transformado en otra persona distinta.

Halasz, indudablemente, tenía sus propios problemas, y estos problemas eran extraños a la naturaleza, los intereses y la comprensión de sus amigos. Al aproximarse a los suyos, Halasz se apartaba de los que antes fueron sus amigos. Verónica parecía un poco enfadada y decepcionada a causa de este alejamiento de John. Sin embargo ¿no era natural que fuera así?

Verónica y James sólo deseaban regresar a su mundo. Y Halasz había venido para quedarse en el suyo.

La ciudad real apareció por fin en el horizonte. Millares de naves, procedentes de todos los puntos del planeta, giraban en forma de densa nube sobre las cúpulas de la ciudad. Halasz llevó su nave a tierra yendo a posarse sobre la verde pradera que rodeaba las cúpulas hasta las mismas puertas de la ciudad.

Todas las demás aeronaves tomaron tierra alrededor de la capital y sólo al quedar inmóvil su nave se atrevió James a comentar:

—Con sólo una bomba que hubieran traído cada uno, con esta fuerza aérea podrían haber dejado arrasada la ciudad en un minuto.

Al apearse Halasz de su aeronave, los tripulantes de las restantes naves que acababan de tomar tierra le vitorearon como un héroe. Los terrícolas comprendieron entonces cuál era la actividad que había tenido ocupado a su amigo aquellos días. Halasz estuvo reuniendo adeptos a su causa para traerlos en manifestación a la ciudad.

Mientras en el suelo la muchedumbre se arremolinaba alrededor de Halasz, por el aire continuaban llegando aeronaves que iban a aterrizar

formando apretadas filas hasta cubrir toda la extensa llanura que rodeaba a la ciudad. Era aquella la mayor concentración de cualquier clase de vehículos que los terrícolas vieran jamás, y probablemente la de mayor importancia registrada en la milenaria historia de Marte.

Separados de su amigo por los embates de la muchedumbre, James y su prima tenían que ir esquivando los pisotones y empujones de aquellos goliats enardecidos.

Juzgando por el cariz que iban tomando las cosas, parecía como si aquella muchedumbre estuviese dispuesta a tomar por asalto la ciudad.

Sin embargo, contrariamente a lo que cabía esperar, el enardecimiento no engendraba la cólera en el carácter de aquellos pacíficos y excesivamente sensatos gigantes.

La ciudad, gracias a sus cúpulas protectoras, disfrutaba por el momento de la condición de fortín. La policía, después de cerrar todos los accesos, formaba un cordón detrás del cristal y desde allí se contentaba con mirar a los manifestantes que aullaban y gesticulaban del lado contrario de la cubierta protectora.

Subidos al techo de una aeronave, Verónica Hillman y James Main veían cómo paulatinamente parecía ir aplacándose la gritería de los manifestantes.

Al cabo de unos minutos, la gritería había cesado por completo y un fantástico, casi irreal silencio, flotó sobre las cabezas de la multitud. James miró sorprendido a su prima y la chica también le miró sorprendida. A su alrededor, los gigantes tenían puesta su mirada sobre la ciudad, más bien sobre las cúpulas que se levantaban por encima de ésta.

Verónica abría los labios para hacer un comentario, pero James le ordenó callar con un ademán. Ambos llevaban puestas sus escafandras. Halasz les había aconsejado que las llevaran ante la posibilidad de que la policía intentara dispersar a los manifestantes utilizando gases lacrimógenos.

El silencio continuó por varios minutos más y llegó a hacerse tan intenso que James casi creyó sentir su densidad pesando como un plomo sobre sus cabezas. Le intrigaba la inmovilidad, así como la fijeza de la mirada de los gigantes. ¿Que esperaban?

De pronto Verónica dejó escapar una exclamación, a medias ahogada por su escafandra. Se —escuchó al mismo tiempo un fuerte crujido. James volvió la vista hacia la ciudad. ¿Era realidad o un efecto puramente óptico?

¡Las cúpulas protectoras de la ciudad estaban siendo arrancadas de sus cimientos por una fuerza titánica e invisible!

Un coro de gritos se escuchó. Pero no eran gritos de la multitud que estaba afuera, sino una unánime exclamación de asombro y espanto de los habitantes de la ciudad. James comprendió, aunque no por haber comprendido dejó de sentir admiración y respeto por los autores de aquella descomunal hazaña.

¡Toda la muchedumbre actuaba al unísono con su pensamiento para

hacer saltar las cúpulas de la ciudad!

Las cúpulas, arrancadas de sus cimientos, empezaron a elevarse en el espacio, todas conservando su unidad, sin una oscilación, como por arte de brujería...

—Las trompetas de Jericó —pensó James para sí. Igual que en los tiempos bíblicos, un caudillo hacía saltar las murallas de la ciudad que se proponía conquistar. La historia se repetía en un mundo distinto, con seres de raza distinta y con intervención de fuerzas distintas. Pero la hazaña era la misma en su idea original, y James sospechó que Halasz la había tomado de la Sagrada Biblia.

Las cúpulas, una vez llevadas a un par de centenares de metros de altura, empezaron a moverse con rapidez en dirección a Oriente y, al parecer con un último impulso mental, fueron arrojadas lejos para que se hicieran pedazos contra el suelo.

La ciudad, desnuda, estaba ante los manifestantes. El silencio que éstos habían mantenido fue roto de pronto por una especie de aullido gutural...

Era un grito de triunfo.

La multitud se puso en marcha sobre la ciudad. Se vio retroceder a los policías, replegándose apresuradamente ante la horda que en forma de rodillo avanzaba arrolladora sobre ellos. La manifestación halló su oportuno eco en los habitantes de la ciudad que se lanzaban jubilosamente a la calle...

Las fuerzas de policía vieron así cortada su retirada en dirección al centro. Las armas les fueron arrebatadas de las manos sin que se registrara violencia alguna...

Halasz tuvo razón al asegurar que no habría guerra civil. Torem, abandonado por todos sus secuaces, se encontró solo en su inmenso palacio desierto, donde el eco solamente respondía a sus coléricas llamadas de ayuda a los prosélitos que a última hora le traicionaban.

Desesperado, Torem se arrojó por una ventana de su palacio yendo a estrellarse contra el suelo a los mismos pies de Halasz cuando éste se disponía a entrar en el desierto edificio.

Hasta después de anochecido, Verónica y su primo no pudieron ser recibidos por el nuevo monarca. Para esta hora, la mayor parte de los manifestantes habían emprendido el regreso a sus ciudades tripulando sus curiosas y mágicas aeronaves. La capital seguía en fiesta, porque una nueva era de austeridad y de trabajo recomenzaba bajo la monarquía restaurada, y en su palacio Halasz designaba su nuevo gobierno.

Halasz, a quien de todos modos James seguiría amando John, los esperaba en el fastuoso salón del trono hecho construir por su tío. Si en los días anteriores les había parecido alejado y distinto a Verónica y el doctor Main, en estos momentos volvía a ser el John que siempre habían conocido.

—Siento no haber podido recibiros antes —dijo John —. Imagino que estaréis ansiosos por emprender el regreso a la Tierra.

—Sí —contestó James —. Nuestra estancia en Marte ya se ha

prolongado más de lo debido.

—Es una lástima que os marchéis ahora que podría ocuparme un poco más de vosotros y agasajaros como corresponde a un rey.

—Para nosotros ya es bastante satisfactorio que hayas conseguido recuperar tu cetro. Hemos presenciado tu triunfo y no es necesario insistir en que nos adherimos al júbilo de tus súbditos —. James hizo una pausa en su brillante discurso y exclamó —: ¡Diablo, John! ¿Quien habría sido capaz de predecir tu destino aquel día que te trajeron por primera vez a la escuela del señor Wrigth?

—Mucho tiempo ha pasado desde entonces — dijo John —. Sin embargo nunca olvidaré esa época de mi vida.

—¿Acaso porque fue la más desgraciada, John?

—Vista desde aquí, ahora no me parece que fuera tan desgraciada. Cierto que hube de pasar muy malos ratos soportando las bromas de mis compañeros. Pero los malos ratos tuvieron su compensación a veces. Nunca olvidaré cómo me defendías contra los más audaces perdonavidas de la escuela, como tampoco olvidaré tu afecto... nuestras salidas de pesca al mar, nuestras charlas tumbados al sol en la playa y tantas cosas más de grato recuerdo. Tú eres mi amigo, James. Nunca dejarás de serlo.

James Main guardó emocionado silencio mientras el gigante se volvía hacia Verónica tendiéndola la mano.

Verónica puso su diminuta mano entre la enorme garra del marciano, quien habló y dijo:

—En cuanto a ti, Verónica, te conocí más tarde, pero llenaste también un hueco importante en mi solitario corazón de gigante incomprendido. Sé que amas a James y espero que te cases con él. También espero que seáis muy felices, tal como yo deseo.

Soltó la mano de la chica y habló a los dos:

—Ojalá yo fuera un rey inmensamente rico para poder colmaros de riquezas que garantizaran vuestro futuro bienestar en la Tierra. Por el contrario, soy un rey pobre de una nación pobre, esquilmada por los excesos y despilfarros de una camarilla de locos inconscientes e irresponsables. Marte es un planeta moribundo que lucha por sobrevivir a su propia exhaustación por el camino del trabajo y la austeridad, y el camino que les falta recorrer a los marcianos hasta el día del Juicio es más duro y penoso cuanto más largo se hace. No puedo ofreceros riquezas, aunque acaso ofrecéroslas fuera poner precio a vuestra amistad.

—Olvida eso, John —dijo James optimista —. El dinero no lo es todo, y nosotros somos todavía bastante jóvenes para ser felices sin él.

—Venid conmigo —dijo el gigante asintiendo con la cabeza.

Un ascensor condujo a los terrícolas y a Halasz hasta la azotea del edificio. Allí, junto a una gigantesca aeronave negra, esperaban media docena de marcianos equipados con traje de vuelo espacial.

—Nos despedimos aquí —dijo Halasz con sencillez —•. Esta

aeronave y estos hombres os conducirán a la Tierra.

James entregó su mano al gigante.

— ¿Deseas seguir manteniendo en el secreto la existencia de seres inteligentes en Marte? —preguntó.

—Podéis contar vuestra aventura sí lo queréis —repuso el gigante riendo —. Seguramente nadie os creerá.

—Adiós —dijo Verónica emocionada estrechando la mano de Halasz.

Subieron a la astronave. Detrás subieron los seis gigantes.

La aeronave constaba de un solo compartimiento eléctricamente iluminado. Como en los grandes aeroplanos terrestres, había ocho confortables asientos de dos en dos, con un pasillo en el centro. Los seis gigantes fueron a ocupar sus asientos mientras James Main y Verónica lo hacían en los de atrás.

Por la portezuela abierta todavía alcanzaron a ver a John haciéndoles un cariñoso ademán de despedida.

La portezuela se cerró.

Hubo un largo silencio mientras los seis gigantes concentraban su poderoso pensamiento en un solo objetivo. Luego, la nave osciló anunciando que se separaban del piso.

Junto al asiento había una ventanilla y James miró a través del cristal azulado, viendo allá abajo la azotea y en ella a John Fremont hundiéndose rápidamente bajo sus pies.

La ciudad, con sus múltiples luces de fiesta, se extendió toda bajo la nave que ascendía con ligereza a los cielos. Luego, los seis remeros tenaces impulsaron la nave adelante y la ciudad fue quedando atrás.

James abandonó su observatorio y miró a su prima, quien apartándose de su ventanillo le miró a su vez. Los dos se echaron a reír.

—¿No es demasiado ancho este asiento para una persona sola? —preguntó James haciendo un guiño.

—Me parece que aquí hay suficiente espacio para los dos —contestó Verónica Hillman.

James Main se trasladó al asiento de al lado y pasó su brazo por detrás de la cintura de su adorable prima.

Los seis remeros, imperturbables y tenaces, seguían inmóviles en sus asientos impulsando la nave hacia la negra inmensidad del espacio infinito.

F I N